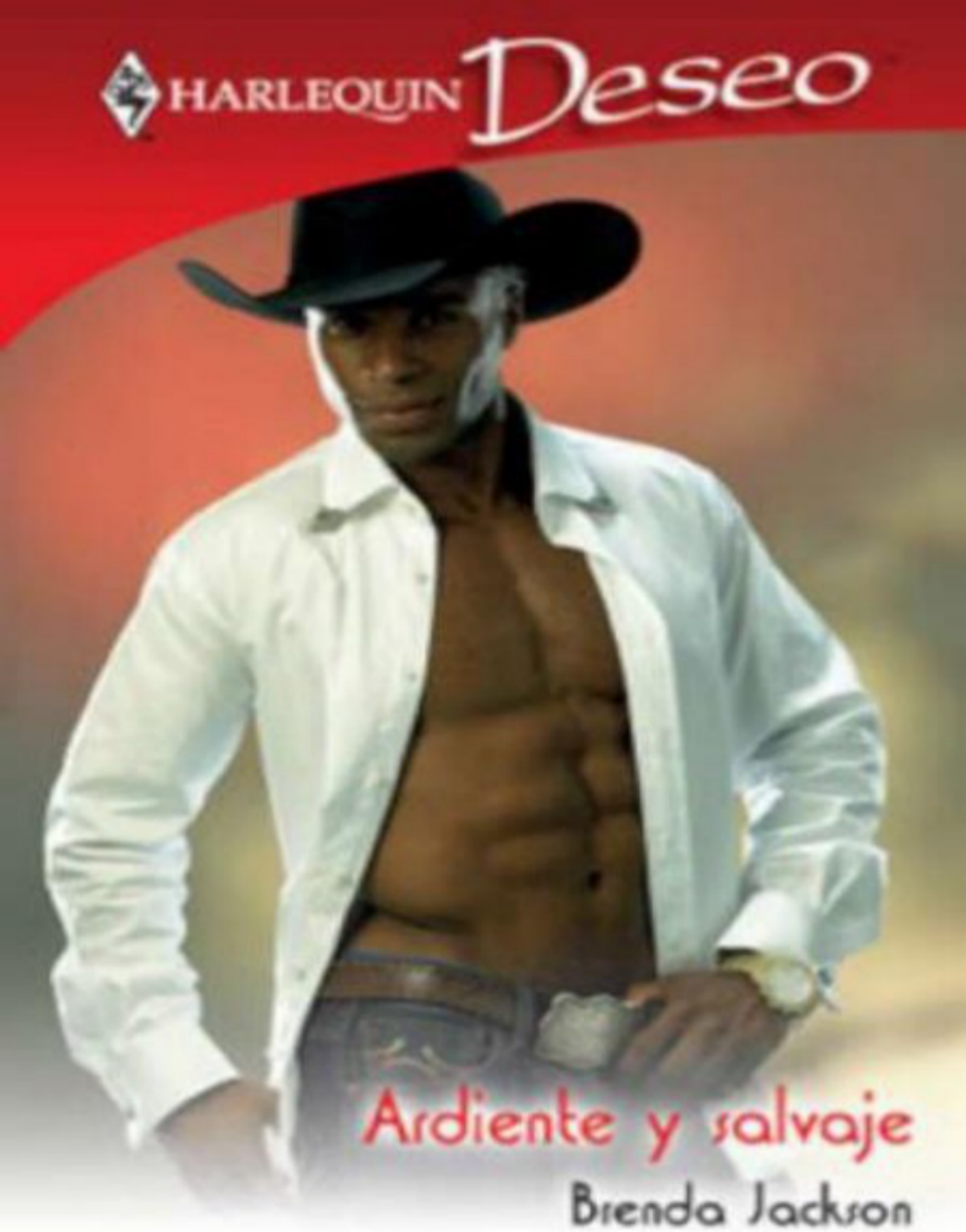

HARLEQUIN Deseo
Ardiente y salvaje
Brenda Jackson

Argumento

Siempre conseguía lo que deseaba… y ahora la deseaba a ella

Patrina Foreman no tenía la menor intención de enamorarse de un hombre con fobia al compromiso como Cole Westmoreland, y mucho menos iba a acostarse con él. Pero entonces una tormenta de nieve lo cambió todo. Atrapados durante tres deliciosas noches, Cole no tardó en hacer cambiar de opinión a Patrina gracias a sus increíbles dotes de seducción. Pero, ¿qué ocurriría cuando llegara el deshielo?

ARDIENTE Y SALVAJE (2008)
Titulo original: Cole's red-hot pursuit (2008)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo 1617 – 29/10/08
Género: Contemporáneo
Serie: Westmoreland 13
Protagonistas: Cole Westmoreland y Patrina Foreman

Prólogo

—Te lo aseguro, Cole Si no estuvieras tan ocupado mirando a Patrina Foreman, te habrías dado cuenta de que McKinnon ha estado a punto de dejar inconsciente de un puñetazo a Rick Summers por acercarse a tu hermana —dijo Durango Westmoreland en voz baja acercándose a su primo Cole.

— ¿Quién has dicho? —preguntó Cole apartando la mirada de la mujer que estaba al otro extremo del salón. Había estado mirándola desde que ella había llegado a aquella celebración en honor de la hermana de él.

—Rick Summers. Ha estado…

—No, Me refiero a ella, ¿Cómo has dicho que se llama?

—Patrina Foreman —contestó su primo sonriendo al ver el interés de Cole por la mujer— Sus amigos la llaman Trina. Trabaja como ginecóloga. De hecho, es quien se encargará de Savannah cuando llegue el momento de dar a luz.

— ¿Está casada?

—Es viuda. Su marido, Perry, era el jefe de la policía local. Murió hace tres años de un disparo mientras perseguía a un delincuente que había escapado de prisión Trina y él llevaban juntos desde pequeños. Fue un golpe para ella.

Durango guardó silencio unos minutos mientras Cole volvía la mirada de nuevo hacia la mujer.

—Si estas pensando lo que creo que estas pensando —comentó Durango—, ya puedes ir olvidándote. Eres un ranger de Texas. Cuando su marido, Perry, murió. Trina se juró a sí misma no volver a tener nada que ver con un agente de la ley. En realidad, para ser sinceros, se ha negado a salir con nadie desde entonces. Con nadie. Aparte de su trabajo, su vida se paró el día en que mataron a su marido.

«Qué lástima, con lo increíble que es», pensó Cole.

La mujer había atraído su atención desde el mismo momento en que había entrado en el salón. Una atracción tan fuerte como nunca antes había sentido. Debía decirle algo. No podía dejar pasar aquella oportunidad sin aprovecharla, sin intentarlo. Además, algunas miradas fugaces le habían hecho pensar que a ella le había pasado lo mismo.

—No tengo nada que perder —dijo Cole— Allá voy. Deséame suerte.

—Suerte, pero luego no digas que no te lo advertí.

Cole miró a su primo con ojos traviesos y le guiñó un ojo.

—Descuida.

Capítulo Uno

Once meses después

Cole se despertó desorientado.

¿Dónde estaba?

Estaba tendido en una cama desconocida, en una casa que no era la suya ni la de su hermana. Nunca la había visto antes.

¿Qué había pasado?

Intentó incorporarse, pero un dolor agudo, insoportable, recorrió todo su cuerpo, inmovilizándolo.

Intentó tranquilizarse y pensar en lo último que recordaba.

Había llegado al aeropuerto de Bozeman en algún momento. Quería darle una sorpresa a su hermana Casey y a McKinnon, que vivían a las afueras de la ciudad. Ellos no lo esperaban hasta tres semanas después.

Había bajado del avión, tomado su maleta y alquilado un coche en el mismo aeropuerto. El dependiente le había advertido del mal tiempo que estaba haciendo en aquellos días en toda la región, de una terrible tormenta primaveral que se había cebado ya con varios pueblecitos de los alrededores, pero él no había hecho caso, creyendo que llegaría a casa de su hermana antes de que la tormenta descargara sobre la ciudad.

Pero se había equivocado.

Al poco de entrar en la autopista, un enorme frente frío surgió de improviso y empezó a lanzar masas de nieve contra los cristales del coche

Cole empezó a recordar la sensación de pánico que le había entrado al quedarse sin visibilidad, la desesperación por mantener el control del coche...

Ahí se acababa todo

No recordaba nada más.

¿Qué había ocurrido después?

Un ruido procedente de un lugar indeterminado le sacó de sus pensamientos. Luchando contra el dolor, giró la cabeza en esa dirección y acertó a distinguir el contorno de una mujer entrando en el dormitorio donde él estaba

No era su hermana, de eso estaba seguro.

¿Quién era?

La mujer entró y dejó una cesta llena de ropa sobre una mesa colocada cerca de una chimenea que estaba encendida.

Cole intentó observar su rostro sin que ella lo advirtiera.

Era atractiva, a pesar del estado en el que estaba podía darse cuenta perfectamente. Y, además, la había visto antes.

¿De qué le sonaba aquella mujer?

Era alta, probablemente llegara al uno ochenta. Tenía el pelo largo y oscuro recogido en una coleta. Las líneas de su rostro eran casi perfectas, unos pómulos prominentes, una nariz perfecta y unos labios carnosos imposibles de olvidar.

Era una criatura bellísima.

¿De qué la conocía?

¿Dónde la había visto...?

« ¡Patrina Foreman!», exclamó para sí.

La había conocido el año anterior, en la fiesta que habían organizado su madrastra, Abby, y la madre de McKinnon, Morning Star, en honor de Casey y McKinnon para festejar su enlace, que tendría lugar en noviembre. Cole y su hermano, Clint, habían tomado un avión desde Texas para no perdérselo.

Ahora que lo recordaba, Patrina le había causado un impacto inolvidable. Se había quedado como hechizado al verla, atrapado en la atracción sexual más intensa que jamás hubiera sentido. Era una mujer perfecta, con un cuerpo perfecto, incluida su generosa voluptuosidad, algo que le apasionaba en las mujeres.

En aquella fiesta, su primo Durango le había dicho que tenía veintiocho años, lo cual quería decir que desde entonces había pasado tiempo suficiente para que Patrina hubiera cumplido los veintinueve. También le había contado que trabajaba como ginecóloga, que había estado casada con el jefe de la policía local y que hacía tres años que se había quedado viuda.

Después, en noviembre, la había vuelto a ver en la celebración de la boda. Desgraciadamente, apenas se había quedado el tiempo suficiente como para darle la más mínima oportunidad a presentarse e intentar hablar con ella. Pero la atracción sexual que había experimentado la primera vez había vuelto a aparecer.

Observando a aquella mujer sacar la ropa del cesto y doblarla con parsimonia, Cole se preguntó cómo había llegado hasta allí, hasta la casa de Patrina Foreman.

Movido por la excitación, Cole hizo un nuevo esfuerzo para incorporarse, pero un dolor aún más intenso que el anterior se lo impidió

Después, todo se nubló y perdió de nuevo la consciencia.

Patrina suspiró con preocupación al doblar la última prenda de ropa que había llevado en el cesto. Si aquel hombre no despertaba pronto, iba a tener que hacerlo ella y comprobar sus constantes vitales

Había sido una increíble casualidad que estuviera conduciendo por

Craven Road justo cuando aquel desconocido había perdido el control de su vehículo. Deteniendo su coche, se había acercado y, al ver las heridas que tenía, había reunido todas sus fuerzas para sacarlo y trasladarlo al suyo. Le había costado mucho, ya que el hombre estaba inconsciente y pesaba mucho, pero al final lo había conseguido.

Después, al llegar a casa, había sido una odisea sacarlo de nuevo, abrir la puerta, meterlo dentro y llevarlo a la cama.

Pero lo peor había sido quitarle la ropa.

Se había quedado tan fascinada al ver su cuerpo, sus hombros anchos y rectos como esculpidos en una forja, sus caderas, sus piernas...

Aunque estaba inconsciente, casi se había sentido culpable por haberse quedado mirándolo.

Lo había reconocido en el acto, nada más abrir la puerta de su coche. Cole Westmoreland, ranger de Texas, era hijo de Corey Westmoreland, hermano de Clint, de Casey, y primo de Durango Westmoreland.

Patrina miró por la ventana y se quedó observando la nieve, que caía sin cesar. Las líneas telefónicas estaban averiadas y las carreteras, cortadas. La radio había dicho que la tormenta, una de esas extrañas tormentas primaverales que descendía sobre Bozeman, Montana, cada mes de abril, duraría dos días más.

Estaban aislados del todo.

No había ningún problema en cuanto al trabajo, precisamente se había tomando aquella semana de vacaciones. Su plan había sido pasarlo en casa tranquilamente

Pero no había contado con aquel invitado inesperado.

De pronto, por algún cambio en el aire o en el denso silencio del dormitorio, tuvo la sensación de que el hombre se estaba despertando

—Agua.

Durante unos interminables segundos, Patrina lo miró sin saber qué hacer, atrapada en su mirada, igual que le había sucedido un año atrás en aquella fiesta. Después, como si hubiera despertado de un largo sueño, Patrina se apresuró, tomó un vaso lleno de agua y fue hasta la cama donde yacía el paciente.

Intentando ignorar la mirada de él y cómo la hacía sentir, le pasó la mano por el cuello para levantarle la cabeza ligeramente a fin de que pudiera beber un poco del vaso.

No tenía fiebre, de eso estaba segura, pero... estaba caliente... muy caliente…

¿Qué le estaba ocurriendo?

Aquél era el primer hombre por el que se sentía atraída desde la muerte de Perry. Había salido en alguna ocasión con algún hombre, pero nunca había pasado de ahí. Ninguno le había interesado ni lo

más mínimo, ninguno le había hecho olvidar el recuerdo de su marido. Pero Cole Westmoreland lo había conseguido a la primera, sin hablar, sólo con sus ojos. Lo estaba volviendo a hacer, quemándola con la mirada, provocándole un calor insoportable dentro de su cuerpo

— ¿Quieres más? —le preguntó al ver que se lo había bebido todo.

—No, gracias —contestó él mirándola

Intentando dominarse, Patrina volvió a apoyar la cabeza de Cole suavemente sobre la almohada.

— ¿Por qué estoy aquí?—preguntó él.

— ¿No lo recuerdas?

—No —contestó confundido.

—Tu coche se salió de la carretera y te diste un golpe terrible.

— ¿Cómo llegué hasta aquí?

—Tuviste la suerte de que pasaba por allí en ese momento. Supongo que te dirigías a casa de tu hermana Casey.

— ¿Estaba inconsciente?

—Sí, te diste un golpe muy fuerte en la cabeza. De algún modo, todavía no sé muy bien cómo, conseguí meterte en mi coche y traerte hasta aquí —dijo Patrina—. Después, te quité la ropa y te metí en la cama —añadió sonriendo.

— ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Unas cinco horas. Has estado durmiendo todo el tiempo. Estaba a punto de despertarte. Cuando alguien se da un golpe en la cabeza, no es bueno que duerma tanto tiempo.

Cole lo sabía, ya que en su familia había dos médicos, su primo Delaney y la mujer de su primo Thorn, Tara, pero asintió como si fuera la primera vez que lo oía.

— ¿Tienes hambre?

—No, pero gracias por molestarte —contestó mirando a su alrededor.

—No hay luz. Las cosas que hay aquí funcionan con un pequeño generador que tengo, pero no hay línea de teléfono. No hay manera de decirle a Casey o a tu padre que estás aquí y que no te ha pasado nada.

—Gracias por pensar en ello, pero no te preocupes. Nadie sabía que iba a venir hoy. Me esperan dentro de tres semanas.

Casey vivía a unos cuantos kilómetros de su casa, igual que Durango y su mujer, Savannah. Patrina la había asistido en el parto el diciembre anterior, una niña preciosa a la que habían llamado Sarah, por la madre de Durango. El padre de Cole, Corey, vivía también por allí cerca, en una colina escarpada que todo el mundo conocía como la montaña de Corey. A él y a su mujer, Abby, no se les veía mucho, sólo cuando bajaban a la ciudad a visitar a sus amigos, como Morning Star

y Martin Quinn, los padres de McKinnon, o a la familia

—He cambiado de opinión.

— ¿Sobre qué? —preguntó Patrina mirándolo a los ojos.

—Tengo hambre.

—Perfecto Te haré un poco de carne.

—Ya voy yo —dijo Cole

No soportaba la idea de que nadie le viera como un inválido, y menos ella.

—Será mejor que no te levantes. He estado observándote y creo que no te has roto nada, pero deberías descansar.

¿Había estado observándolo? ¿Había experimentado algo aparte del interés por ver si él se había roto algo?

—Ya sabes que soy médico —dijo ella como si le hubiera leído el pensamiento

—Eres ginecóloga, ¿verdad?—preguntó Cole sonriendo.

—Sí, pero eso no quiere decir que no pueda ocuparme de ti —contestó Patrina incorporándose para ir por la comida.

—Es bueno saberlo. Lo recordaré —dijo él sin poder evitarlo.

— ¿Recordar qué? —preguntó ella volviéndose hacia él.

—Que puedes ocuparte de mí.

Patrina lo miró fijamente y Cole no supo cómo interpretarlo.

Furiosa consigo misma por no haber sabido responder a Cole como se merecía, Patrina entró en la cocina para prepararle algo a su imprevisto invitado.

Mientras freía un poco de carne en una sartén, intentó recordar la última vez que un hombre había pasado la noche en su casa. Seguramente, se dijo, nadie lo había hecho desde que su hermano Dale había volado hasta allí desde Phoenix el año anterior para asistir a la boda de McKinnon

Su hermano Dale, su difunto esposo, Perry, y ella, habían crecido juntos en Bozeman. En más de una ocasión, después de la muerte de Perry, Dale le había recordado las palabras que su marido había dicho en más de una ocasión, su deseo de que Patrina disfrutara de una vida plena en caso de que a él llegara a pasarle algo alguna vez. Pero no era nada fácil hacerlo. Nada fácil. Cada noche, durante aquellos tres años de ausencia, Patrina se había acostado echándolo de menos, soñando con él.

Patrina colocó en una bandeja el plato de carne que había preparado, un sándwich de pavo y un trocito de tarta de chocolate y la llevó al dormitorio. Al entrar, vio que la cama estaba vacía. No se sorprendió, ya que desde el primer momento se había dado cuenta de lo cabezota que era Cote Westmoreland, pero aquello sólo podía causarte complicaciones. Lo último que necesitaba era que su

invitado, por su testarudez, volviera a caerse. Aunque él insistiera, todavía no estaba recuperado.

Cuando el rumor del agua de la ducha derramándose contra el suelo de mármol llegó hasta ella, Patrina se estremeció. Se imaginó a su invitado desnudo, con el agua recorriendo su cuerpo y sus manos cálidas lavando cada rincón recóndito de su pecho.

¿Qué demonios le estaba pasando?

¿Por qué no podía dejar de pensar en aquellas cosas?

¿Por qué la mirada de aquel hombre le había producido un desasosiego tan intenso desde la primera vez que se había cruzado con él, el año anterior?

Debía tener cuidado con él Si se dejaba llevar, Cole Westmoreland sería capaz de volver patas arriba su tranquila y pacífica existencia

Debía impedirlo

Además, era un ranger, un agente de la ley, y ella se había prometido a sí misma no volver a tener nada que ver con uno.

—Creía que habría terminado antes de que regresaras con la comida.

Patrina miró hacia la puerta del baño y vio a Cole de pie, completamente desnudo excepto por la pequeña toalla que llevaba sujeta alrededor de la cintura. Qué espectáculo. ¿Por qué tenía que ser tan atractivo? ¿Por qué no podía pensar en otra cosa más que en recorrer aquel pecho lleno de músculos con sus manos?

—Eso huele muy bien.

—Ya que te has levantado —dijo Patrina sintiéndose avergonzada por la indiscreción de sus pensamientos—, puedes sentarte a comer a la mesa. Aunque creas que ya estás bien, no lo estás. Las molestias regresarán enseguida. En la bandeja hay un par de píldoras contra el dolor.

— ¿Tú no vas a comer?

« ¿A comer? Lo que voy a hacer es salir de aquí enseguida antes de cometer una locura, antes de arrojarme en tus brazos y comprobar si ese cuerpo escultural que tienes es real o no», pensó Patrina.

—No, tengo algunas cosas que hacer en la cocina. Siéntate y disfruta de la comida. Espero que te guste —dijo saliendo del dormitorio.

— ¿Patrina?

— ¿Sí? —dijo ella desde la puerta.

—Gracias por todo. Además de ayudarme a mí, sacaste mi maleta de mi coche y la trajiste aquí. No sé cómo darte las gracias. Si no fuera por ti, ahora mismo no tendría ropa para ponerme.

Patrina se puso mala sólo de pensarlo.

—Fue un placer—acertó a responder antes de regresar aceleradamente a la cocina con las mejillas rojas como un tomate

«Cuando se sonroja, está preciosa», pensó Cole mientras se ponía unos pantalones vaqueros y una camisa que había sacado de su maleta.

Se asomó a la ventana y observó los copos de nieve cayendo con inusitada ferocidad. No podía salir de allí. Tendría que quedarse a pasar la noche con ella, no había otra opción. A él no le importaba, su trabajo como ranger le había obligado a pasar incontables noches en casas de desconocidos refugiándose de las inclemencias del tiempo.

Pero aquellos días ya pertenecían al pasado. Su hermano Clint había sido el primero en dejar la profesión el año anterior. Cole había seguido sus pasos hacía sólo un mes. Con el dinero que había conseguido vendiéndole a Clint su parte del rancho que el tío de ambos les había dejado, Cole había realizado algunas inversiones afortunadas con la ayuda de su primo Spencer, el experto financiero de la familia. De ese modo, Cole, con sólo treinta y dos años, había abandonado la profesión de ranger para convertirse en un hombre muy rico.

En aquellos días, estaba enfrascado en varios negocios relacionados con la cría de caballos en los que su primo Durango y su cuñado McKinnon llevaban ya varios años trabajando. El negocio se había mostrado tan lucrativo que tanto él como su hermano Clint se habían decidido a entrar como socios. Sin embargo. Cole no dejaba de investigar cualquier alternativa. Aunque no le suponía un problema mezclar el trabajo con los asuntos de familia, si podía elegir, prefería hacer negocios por su cuenta.

Una de las oportunidades que había encontrado se trataba de un negocio de taxis con helicópteros para las personas que vivían en lugares montañosos y mal comunicados. Además, había charlado en más de una ocasión con su primo Quade, que acababa de retirarse de los servicios secretos, con vistas a crear una compañía de seguridad. Clint, a pesar de estar casado y estar ya muy ocupado con el negocio de la cría de caballos, también había mostrado interés.

Cole sonrió al pensar en su hermano, en la buena pareja que hacía con Alyssa, una mujer hecha a su medida que le hacía feliz. El, en cambio, no estaba preparado para el matrimonio. Prefería seguir soltero por el momento y disfrutar de su libertad. Una libertad que se había vuelto más placentera desde que había dejado su oficio de ranger y había empezado a hacer negocios por su cuenta.

Y allí estaba, siendo mimado por una mujer, la doctora Foreman, hacia la que sentía una atracción instintiva incapaz de controlar. El contacto de su mano en su cuello lo había revolucionado, le había hecho sentir la necesidad de yacer junto a ella en la cama, de sentir su calor en el cuerpo.

Además, estaba seguro de que a ella le ocurría lo mismo. Podía sentirlo en la forma en que Patrina respiraba cuando estaba junto a él, en la forma en que lo miraba, en cómo había observado su cuerpo al salir de la ducha, en cómo temblaban sus labios al hablar.

Sin embargo, también había advertido el esfuerzo de ella por controlar aquella atracción. Seguramente se habría recordado a sí misma su promesa de no volver a tener nada que ver con un agente de la ley.

«Tendré que ser yo el que le haga cambiar de opinión», se dijo a sí mismo llevado por el deseo mientras se sentaba a la mesa que ella había preparado. Se dispuso a comer casi con desesperación, devorando la carne y el enorme sándwich que ella había hecho para él, un sándwich que casi era una expresión del deseo de ella. Después, ya saciado, saboreó el pedacito de tarta de chocolate y el café.

Cole apoyó satisfecho la espalda en el respaldo de la silla. Había sido una comida gloriosa. De haber podido compartirla con ella, habría sido perfecta. Estaba acostumbrado a comer solo a diario, pero se le hacía muy difícil al ser consciente de la hermosa mujer que tenía a sólo unos metros.

— ¿Quieres algo más?

Cole miró a Patrina, de pie en la puerta del dormitorio, con los ojos incendiados de deseo. Teniendo en cuenta la intensa atracción que sentía por ella y el hecho de que no se había acostado con una mujer en más de un año. Cole decidió responder a la pregunta que ella le había hecho con la mayor sinceridad.

—Ya que lo dices, sí, quiero algo más.

Capítulo Dos

Con la mirada de Cole fija en ella, Patrina se sintió súbitamente atrapada en una habitación llena de deseo por todas partes, en una habitación que apenas parecía tener aire suficiente para respirar.

Desde la muerte de Perry muchos hombres habían intentado salir con ella. Ninguno lo había conseguido. Se había retirado a una plácida y pacífica existencia rodeada de sus recuerdos y sus pequeñas tareas diarias. Pero ninguno de ellos la había mirado como lo estaba haciendo aquel hombre.

— ¿Qué más quieres? —preguntó Patrina acercándose a la mesa donde estaba sentado él.

Cole no respondió y Patrina se sintió aliviada. Vio en los ojos de él que estaba luchando consigo mismo para encontrar la respuesta adecuada. Había pasado suficiente tiempo con su marido para conocer a los hombres, para saber la influencia que tenía en ellos la testosterona, el arrebato furioso de la pasión, para saber cómo protegerse de ellos.

—Necesito compañía

— ¿Compañía?—repitió Patrina mirándolo para in- tentar comprender.

—Sí, compañía, no me gusta comer solo

Patrina se dio cuenta de que se había controlado, que no era eso lo que había pensando responder, pero se alegró de que Cole hubiera sido capaz de contenerse. Al fin y al cabo, no sabían nada el uno del otro. La única certeza era la atracción sexual que existía entre ambos, y no estaba dispuesta a cambiar toda su vida por una relación que no tenía ningún futuro, por no hablar de que aquel hombre era un agente de la ley.

—Ya te dije antes por qué no he podido comer contigo. Tenía cosas que hacer en la cocina —dijo Pa- trina.

—Me gustaría conocerte mejor

— ¿Por qué? —preguntó Patrina sintiendo como si él estuviera jugando con ella, como si estuviera derribando sus defensas una a una.

—Porque parece que no vamos a tener más remedio que pasar algún tiempo aquí los dos juntos —dijo señalando la ventana con la cabeza.

En efecto, la nieve seguía cayendo ininterrumpidamente. Según la radio, la tormenta no iba a cesar antes de dos días. Le gustara o no, estaba atrapada en su propia casa con él.

—Sería mejor que regresaras a la cama y descansaras, todavía no

estás recuperado—dijo Patrina intentando escabullirse—. Yo llevaré esto a la cocina —añadió refiriéndose a la bandeja de la comida.

—Prométeme que volverás —pidió él mirándola con intensidad.

Patrina estaba dispuesta a resistir a toda costa. Fue entonces cuando recordó las píldoras. Miró la bandeja y observó que Cole se las había tomado. En pocos minutos se sentiría cansado y no tendría fuerzas para seguir discutiendo.

—Te lo prometo.

Quince minutos después, Patrina regresó al dormitorio creyendo que Cole se habría quedado dormido, pero su sorpresa fue mayúscula al ver que estaba despierto, tumbado en la cama y mirando el techo.

—Estaba empezando a dudar que fueras a venir.

Patrina tomó la silla, la acercó a la cama y se sentó junto a él poniendo especial cuidado en que la falda larga que llevaba no se arrugara ni dejara ninguna abertura.

—Estaba escuchando la radio. Quería oír el parte meteorológico

— ¿Y qué ha dicho?

—Que la tormenta no cesará hasta dentro de dos días —respondió ella.

— ¿No te sientes sola viviendo en un lugar como éste?

—No me da tiempo —contestó ella— Normalmente me quedo a dormir en la ciudad para poder estar cerca de mis pacientes. Esta semana es una excepción, estoy de vacaciones.

— ¿Y qué pasa si un bebé decide sorprender a sus padres y nacer antes de tiempo?

—Ya ha ocurrido más veces, pero no es problema Si yo estoy incomunicada, hay más médicos en los alrededores.

—Tú trajiste al mundo al hijo de Durango y Savannah.

—Sí —sonrió Patrina— Nunca había visto a Durango comportarse como lo hizo aquella noche.

— ¿A qué te refieres?

—Conozco a Durango desde hace años. Sus hermanos y sus primos solían venir por aquí a visitar a tu padre antes incluso de que Durango decidiera venir a estudiar a la Universidad de Montana al acabar el instituto. Nunca le había visto demostrar tan abiertamente su amor por su mujer y por su hijo como aquella noche.

Cole asintió recordando la historia. Clint, Casey y él habían crecido creyendo que su padre había muerto en un accidente de rodeo. En su lecho de muerte, sin embargo, su madre les había confesado la verdad. Un día después del funeral de su madre, Clint y él habían contratado a un investigador privado para encontrar a su padre. Casey, en cambio, se lo había tomado muy mal, incapaz de superar la decepción que le había producido enterarse de la mentira que les había contado su

madre toda la vida.

Afortunadamente, Casey y Corey, el padre de los tres, habían acabado por llevarse estupendamente. De hecho, Cole había realizado aquel viaje a Bozeman para asistir a la fiesta de cumpleaños que Casey y la esposa de su padre, Abby, le estaban preparando a Corey.

— ¿Sales con alguien, Patrina? —preguntó Cole.

— ¿Por qué quieres saberlo? —preguntó a su vez Patrina nerviosa.

—Curiosidad.

—No.

— ¿Te gustaría? —preguntó de nuevo Cole decidiendo ir más lejos aun.

En función de su respuesta, tendría que actuar de un modo u otro. Un «sí» haría las cosas muy fáciles. Un «no», en cambio, exigiría una estrategia más perseverante. Pero, contestara lo que contestara, Cole estaba decidido a conseguirla.

—Lee mis labios. Cole Westmoreland —dijo Patrina inclinándose sobre él y haciendo que su escote dejara entrever el comienzo de sus senos—. No quiero salir con nadie.

¿Leer sus labios? El no quería leer sus labios. Quería besárselos.

Cole la miró a los ojos. Quería decirle que quería estar con ella, que se moría por tocarla, por acariciarla, que estaba dispuesto a todo. Sin embargo, la mirada de ella mostraba una determinación igual de fuerte en no dejar que eso sucediera. Aquello no iba a ser nada fácil.

— ¿Y qué dirías si te dijera que me gustaría salir contigo?

Los ojos de Patrina brillaron con una mezcla de odio, fuego y deseo, pero a Cole no le importó. Le gustaban las mujeres que se hacían de rogar, las mujeres difíciles de conquistar. Las dos últimas mujeres con las que había estado se habían mostrado tan entregadas, tan dispuestas a hacer todo lo que él deseara que, de alguna manera, había perdido el interés

—Te respondería que estás perdiendo el tiempo. Mírame bien, Cole ¿Parezco una mujer fácil de convencer? ¿Doy la impresión de ser una de esas personas que se dejan llevar por la pasión?

Cole estuvo a punto de responder que sí, pero prefirió no hacerlo.

— ¿Adónde quieres llegar?

—Conozco a los hombres como tú —dijo pensando en su hermano Dale, que siempre había sido un mujeriego empedernido—. Esta atracción que hay entre los dos es temporal, desaparecerá muy pronto, no significa nada. Para ti, es sólo una forma de pasarlo bien, forma parte de tu naturaleza ir conquistando a mujeres por ahí, acostarte con ellas y olvidarlas a la mañana siguiente. No significan nada, sólo amores de un día. No quiero ser el amor de un día de nadie.

Cole estaba intentando poner atención a lo que le estaba diciendo Patrina, pero la visión de sus senos hinchándose con cada palabra que

decía le tenía absorbido por completo.

—Las mujeres como yo somos como una diversión para ti, ¿verdad?

— ¿Perdón?

—Ya me has oído. Los hombres como tú, fuertes y atractivos, estáis acostumbrados a estar con mujeres que estén a vuestra altura. ¿Qué crees, que puedes venir aquí, saborear las bellezas locales, y volverte de nuevo a Texas como si no hubiera pasado nada?

En cierto modo, Cole reconoció para sí que Patrina tenía parte de razón. Había viajado hasta allí deseando encontrar una mujer con la que poder divertirse un par de días. Encontrarla a ella había sido como una visión, pero seguía persistiendo su deseo de que fuera algo efímero, algo con lo que saciar más de un año de abstinencia.

Sin embargo, lo que había dicho acerca de sus gustos no era del todo cierto. Le gustaban las mujeres, de todos los tipos, colores, tamaños y procedencias. Todas, sin excepción. Estaba soltero, no estaba comprometido con nadie, sólo quería disfrutar de la vida con mujeres que tampoco quisieran comprometerse, sólo pasar un buen rato.

Patrina, por lo que parecía, no lo veía así. No estaba dispuesta a ser una aventura de una noche. Sin embargo, eso la hacía más atractiva, conquistarla sería un reto apasionante, y él era bueno con las mujeres.

También se le daba bien leer en el rostro de los demás, y lo que transmitía el de ella era una enorme frustración por no liberar la excitación sexual que la llenaba por dentro. Se diera cuenta ella misma o no, necesitaba dejar salir el calor que tenía guardado dentro. Es más, estaba seguro de que no se había acostado con nadie desde la muerte de su marido.

— ¿Me he explicado bien? —preguntó Patrina mirándolo.

—Perfectamente, ahora me gustaría hacerlo a mí.

—Como quieras —dijo ella escéptica—; adelante.

Cole se incorporó, apartó las sábanas y se levantó. Nerviosa, Patrina se levantó de la silla y se echó hacia atrás asustada, intentando no mirar el cuerpo desnudo de él, únicamente tapado por su ropa interior

—Tranquila, Patrina, no me gusta forzar a las mujeres a hacer algo que no quieren. Pero lo que sí soy capaz de hacer es sentir los deseos de una mujer a kilómetros de distancias. Y, por mucho que disimules y lo niegues, lo estás deseando. No sé si te das cuenta o no, pero lo estás deseando. Antes o después, lo reconocerás.

— ¡Vaya! Crees que soy una especie de viuda depravada sedienta de sexo, ¿verdad?

—No, no lo creo —contestó Cole con una sonrisa irónica—. Pero

antes de que todo esto termine, me ocupare de que seas una viuda contenta y alegre. Cuando te miro, veo una mujer atractiva y deseable, una mujer que se ha estado negando a sí misma los placeres de la vida durante demasiado tiempo. Tal vez pienses que estar con otro hombre sería traicionar a tu difunto marido, o que tengas miedo a dejarte llevar, no lo sé. Lo que sí puedo asegurarte es que no seré yo el que dé el primer paso. No seré yo quien te pida que nos acostemos. Serás tú.

— ¿Yo? Antes se helará el infierno.

—Mmm... Si miras por la ventana, verás que puede que no falte mucho para eso —replicó Cole señalando la tormenta de nieve golpeando contra las ventanas.

Patrina respiró profundamente, como intentando ahogar en aire la frustración que le causaba no ser capaz de manejar a aquel hombre.

¿De dónde se había sacado que ella estaba dispuesta a entrar en su juego? Había sido hospitalaria rescatándole de una carretera donde habría encontrado una muerte segura de no haber sido por ella, lo había llevado a su casa y lo había cuidado. Eso era todo. Y aunque era ella la primera en reconocer la atracción que existía entre ambos, en ningún momento se le había pasado por la cabeza ponerla en práctica. Sin embargo, Cole, un hombre acostumbrado a tener a sus pies a cualquier mujer, parecía haberlo interpretado de un modo equivocado. Había pensado que ella se arrojaría a sus brazos, que se abandonaría a la pasión para que él transformara toda su vida, para convertirla en una viuda alegre. Era completamente absurdo. Además, incluso en el caso de que decidiera satisfacer sus necesidades sexuales con un hombre, él, un ranger de Texas, sería el último de la lista.

— ¿No tienes nada que decir? —preguntó Cole.

— ¿Qué esperas que te diga? —preguntó ella mirándolo—. Tal vez tú estés acostumbrado a tratar con las mujeres de esta forma. Pero yo no. Nos conocimos el año pasado, intercambiamos un par de miradas, eso fue todo. Y ahora, después de la generosidad que he demostrado trayéndote a mi casa y cuidándote, después de ocho horas aquí, dices que quieres acostarte conmigo. ¿Es ésta tu forma de agradecer todo lo que he hecho por ti?

Cole frunció el ceño. Si creía que podía cambiar de tema para hacerle sentir culpable, estaba muy equivocada.

Todo era mucho más sencillo. El era un hombre; ella, una mujer. Entre los dos existía una atracción evidente. Él quería acostarse con ella y, aunque no quisiera admitirlo, ella también. Puede que él hubiera cometido un error al ser tan directo, pero no resultaba nada fácil andarse por las ramas teniendo delante una mujer tan hermosa como ella devorándolo con los ojos a cada momento. Lo único que quería que Patrina tuviera claro era que él estaba más que dispuesto a

satisfacerla en el mismo momento en que ella se decidiera a dar el primer paso.

—Como ya te he dicho antes, Patrina, nunca he obligado a una mujer a hacer algo que no quisiera, y tampoco lo voy a hacer contigo. Por encima de todo, te respeto como persona. Pero esta atracción que sentimos el uno por el otro no tiene nada que ver con el respeto. Tiene que ver con las emociones, con el deseo. El único problema es que, por lo que parece, tú has decidido hace ya mucho tiempo retirarte del mundo y negarte a ti misma cualquier placer. Y no lo entiendo. No entiendo cómo una mujer tan hermosa como tú es capaz de hacer eso. ¡Despierta! Es hora de volver a la vida. Yo estoy aquí. Tú estás aquí. Aprovechémoslo.

— ¡Qué cara tienes!

— ¿Yo? ¿Por recordarte que eres una mujer hermosa? ¿Por decirte la verdad? Mírame bien, Patrina. Soy un hombre, y no me siento culpable por sentirme atraído por ti.

Indignada, Patrina se acercó a él para responderle, para decirle lo más claro posible lo que pensaba de él. De pronto, sin verlo venir, Cole la atrajo hacia sí y posó sus labios en los suyos.

Su instinto le dijo a Patrina que se alejara, que lo empujara para poder salir de allí, pero el tacto de sus labios, la delicadeza con la que la lengua de él estaba recorriendo su boca, la detuvo.

La indignación empezó a retroceder, ocupando su lugar una irresistible curiosidad, la necesidad de saber por qué Cole era capaz de excitarla como ningún otro hombre antes lo había hecho. Y, como llevada por una fuerza invisible, sus manos empezaron a actuar por su cuenta, rodeando el cuello de él, acariciando su pelo.

Mientras él recorría su espalda con las yemas de sus dedos, Patrina empezó a sentir cómo su cuerpo se calentaba, entregada ya a los labios de Cole, envuelta en una nube turbadora provocada por cómo la estaba besando, creando mareas turbulentas por todo su cuerpo.

Entonces, se dio cuenta de que estaba completamente rendida a Cole, que no era sólo él quien la estaba besando. Ella misma lo estaba devorando, desesperada como si hubiera pasado cientos de años sola en medio del desierto. Quería saborearlo, tocarlo, exprimir cada centímetro del cuerpo de él y dejarse llevar sin pensar en nada más.

De pronto, él se separó de ella turbado, como si acabara de despertarse en una habitación extraña.

Patrina aprovechó el momento para poner distancia entre ambos.

Cole empleó unos segundos en tomar aire, como si el beso le hubiera vaciado los pulmones. Estaba aturdido, y todo por un simple beso. Aquélla era la prueba de que él tenía razón. Tenía que decírselo. Sin embargo, cuando estaba a punto de abrir la boca, ella le pidió que no hablara poniendo un dedo sobre sus labios.

—No digas nada —le advirtió ella suavemente—. Sólo ha sido un beso, no ha significado nada.

—Piensa lo que quieras —dijo él exhausto—, pero lo que acaba de ocurrir demuestra que yo tengo razón —añadió tumbándose en la cama—. Además, sabes igual que yo que no te sientes igual que antes, que has dado un pequeño paso para salir de ese agujero oscuro en el que has estado metida tanto tiempo. Yo te ayudaré a salir a la luz.

Sintiendo la mirada furiosa de Patrina sobre él, Cole cerró los ojos para saborear su aroma en los labios y escuchar los latidos de su corazón, que todavía latía aceleradamente

Y todo aquello lo había provocado un simple beso.

Sólo un beso.

Capítulo Tres

—Buenos días.

De píe junto a la encimera de la cocina, Patrina dejó lo que estaba haciendo para tomar fuerzas antes de darse de la vuelta y devolverle el saludo.

Se había despertado en mitad de la noche, horrorizada al darse cuenta de que se había quedado dormida en una silla junto a la cama de él Había salido del dormitorio sin hacer ruido, se había dado un ducha y se había metido en su cama con la cabeza dándole vueltas, incapaz de dormir sabiendo que él estaba en la habitación de al lado. Hasta dos veces se había levantado para entrar en el dormitorio de Cole y comprobar que estaba bien.

Después se había quedado dormida, no sin antes pasar un buen rato recordando el día en que lo había conocido. Nada más verlo en aquella fiesta de Casey un año antes, algo en él la había atraído de forma fulminante. Había sido instantáneo, demoledor e inesperado.

Se había pasado el resto de la velada intentando evitarlo, pero había sido inútil. El había acabado por acercarse a ella y presentarse. Hasta entonces había oído hablar de los tres hijos de Corey e incluso había conocido a Casey Pero nunca se había encontrado cara a cara con sus dos hermanos, Cole y Clint, tan parecidos que algunos llegaban a confundirlos.

Sin embargo, ella había sido capaz de distinguirlos desde el principio. Cole tenía algo diferente. Las facciones de su rostro, la forma de sus labios, sus ojos oscuros... No lo sabía a ciencia cierta, pero algo había en él distinto a todos los demás.

Además, algo en la forma de moverse y de mirar le había advertido de la verdadera naturaleza de aquel hombre, un mujeriego acostumbrado a desnudar a las mujeres con los ojos.

Le había vuelto a ver seis meses después, en la boda de Casey, y se había llevado la misma impresión nada más verlo. Sin embargo, en aquella ocasión, consciente de la intensa atracción que él provocaba en ella y temerosa de que pudiera aprovechar algún momento de debilidad para acercarse, Patrina había abandonado la iglesia un solo minuto después de terminar la ceremonia y haber felicitado a los novios.

Y seis meses después, allí estaba, en su casa, a unos pocos metros de ella, dándole los buenos días desde la puerta de su cocina, amenazando con poner patas arriba todo su mundo.

—Buenos días. Cole —dijo volviéndose hacia él—. ¿Cómo...?

No pudo terminar la pregunta. Se le había hecho un nudo en la

garganta al verlo en la puerta, vestido sólo con sus pantalones vaqueros por debajo de la cintura, con el pecho desnudo y descalzo. Era demasiado. Demasiado para ella. Demasiado para cualquier mujer.

Estaba como hipnotizada, pero se dio cuenta de que a él le había pasado lo mismo. Estaba desnudándola con la mirada, deseando quitarle el jersey y los pantalones, deseando liberar el calor que estaba encerrado dentro de su cuerpo.

—Huele muy bien.

Las palabras de Cole le hicieron volver en sí y, rápidamente, volvió a darse la vuelta para no verlo.

—Espero que tengas hambre —dijo Patrina.

—Estoy famélico.

Su voz había sonado más cercana, como si hubiera entrado en la cocina y estuviera justo detrás de ella.

— ¿Cómo te gustan los huevos? —preguntó ella sin darse la vuelta.

—De todas las maneras, hazlos como a ti te gusten —susurró él aún más cerca.

Llena de nervios, Patrina se dio la vuelta con una cuchara de madera en la mano, como si creyera que con eso podría defenderse.

Se encontró casi frente a frente con él, casi podía sentir su respiración, casi podía tocar sus labios.

—Antes de que uses esa arma contra mí —dijo

Cole tomando la cuchara de madera—, quería darte las gracias por todo

— ¿Las gracias? ¿Por qué? —preguntó temblando.

—Por haberme traído a tu casa, por cuidarme, por aguantar lo cabezota que soy.

¿Cabezota? ¿No querría decir arrogante?

—Soy médico, estoy acostumbrada a tratar con todo tipo de personas.

—También eres una mujer, Patrina —dijo él—. Creo que necesitas que te lo recuerden más a menudo.

— ¿Por qué crees que me he olvidado? No hace falta que me recuerdes nada; además, no tienes ningún derecho a hacerlo.

—No sé si te has olvidado, pero pareces empeñada en ignorarlo, en ocultarlo. Me niego a que lo hagas. Quiero que dejes salir la pasión que llevas dentro.

Iba a responderle cuando él, sin darle tiempo, la besó. Volvió a sentir la misma reacción instintiva de alejarse de él, pero enseguida cedió a sus impulsos y le devolvió el beso.

¿Qué le estaba haciendo? ¿En qué la estaba convirtiendo? Sólo podía pensar en la lengua de Cole recorriendo su boca, en sus pechos presionando contra su tórax. Cuanto más lo besaba, más quería, más se alejaba del mundo donde se sentía segura. Pero no podía evitarlo,

su boca era irresistible, provocativa, emanaba un deseo irrefrenable, un deseo que ya había olvidado, un placer más intenso aún que el de la noche anterior.

Entonces, el dejó de besarla y ella, desorientada, agachó la cabeza y se refugió en el pecho de él, incapaz de mirarlo a los ojos. Mientras él le acariciaba el pelo, Patrina se esforzaba en reunir las palabras necesarias para decirle que no quería nada de aquello, que era feliz en su mundo tranquilo y solitario, que necesitaba seguir viviendo en soledad.

—Podría haber seguido besándote —le murmuró él al oído.

— ¿Por qué lo haces todo tan difícil? —preguntó Patrina levantando la mirada.

—No lo hago difícil, sólo soy persistente No me rendiré hasta convencerte.

—No te esfuerces, no conseguirás nada.

Cole la miró intentando decidir si debía seguir insistiendo, si debía dar rienda suelta a la excitación que sentía

— ¿Quieres que te ayude a hacer el desayuno? —preguntó cambiando de tema.

—No, gracias. Puedes esperar en el salón, enseguida estará listo.

—En otras palabras, quieres que me vaya, ¿no? —preguntó Cole sonriendo

—Sí, eso es lo que quiero.

—Como quieras.

Con cierta frustración, Cole se dio la vuelta y fue al salón, decorado, como toda la casa, con fuertes muebles de madera resistentes al clima extremo de aquella región. En una de las paredes, un sofá de cuero, cubierto por una funda, confería un ambiente hogareño, rematado por una acogedora chimenea.

Cole miró la tempestad al otro lado de la ventana y se preguntó cómo había hecho su padre para sobrevivir en aquel lugar, en lo alto de una montaña, tanto tiempo, sobre todo durante los años que había pasado solo antes de conocer a Abby. Supuso que debía de haberse rodeado de pequeñas cosas cotidianas para combatir la soledad, igual que hacía Patrina. Cole respetaba esa forma de vivir, pero, en lo que atañía a ella, no dejaba de pensar que había signos evidentes de que aquella mujer necesitaba algo más.

Había vivido algo muy parecido siendo niño, viendo a su madre rechazar una y otra vez todas las oportunidades que surgían a su alrededor y que la habrían hecho feliz. Como su profesor de cuarto curso, el señor Jeferson. En cambio, se había inventado una historia acerca de la muerte de su padre, convirtiéndose en una mártir de su propia tristeza para acabar entregándose a una especie de reclusión impuesta por ella misma. Y, aunque Cole y sus hermanos habían

acabado por descubrir el engaño, la madre de Cole, Carolyn Roberts, siguió comportándose como si Corey Westmoreland hubiera muerto de verdad. Nadie había sido capaz de hacer nada por ella, amargada y deshecha por un pensamiento recurrente, la certeza de que hacía mucho tiempo que había dejado de ocupar el corazón de su antiguo marido.

Al final, había acabado muriendo del mismo modo en que había vivido durante tantos años, atrapada en la misma cárcel que tanto parecía necesitar Patrina. Por alguna razón que ni él mismo era capaz de comprender, no estaba dispuesto a permitir que a ella le ocurriera lo mismo que a su madre. No estaba interesado en una relación seria ni duradera, ni con ella ni con ninguna otra mujer, pero estaba dispuesto a ser el artífice de su resurrección, el que la volviera a enseñar la alegría de vivir.

Deambulando por el salón, Cole se acercó a la chimenea y descubrió, sobre la estrecha repisa de ladrillo, varias fotografías cuidadosamente conservadas. Una de ellas mostraba a Patrina vestida de novia y acompañada por alguien que, sin duda, debía de ser Perry. Por la información que le había dado Durango, el matrimonio había durado cinco años, roto por la muerte repentina del marido de Patrina.

Según Durango, Perry había sido, además de un excelente jefe de policía, un hombre muy querido y respetado. Mirando la fotografía, Cole sintió una punzada en el estómago. ¿Por qué le resultaba tan difícil mirar aquella fotografía?

Decidió dejar de hacerlo y observar otra, una en la que Patrina aparecía flanqueada por dos mujeres. Las tres tenían un evidente aire de familia. ¿Serían su madre y su abuela? Fue entonces cuando cayó en que, en realidad, sabía muy poco de ella o de su familia, sólo de su hermano Dale, al que había conocido en la boda de Casey

—Acabo de poner las galletas en el horno. Estarán enseguida —dijo Patrina de pronto desde la puerta.

— ¿Quiénes son estas dos mujeres? —preguntó Cole señalando la fotografía.

—Mi abuela y mi madre—respondió entrando en el salón pero manteniéndose a distancia.

— ¿Viven todavía?

—Desgraciadamente, no —contestó con tristeza en los ojos—. Fueron las matronas de la localidad. En realidad, todas las mujeres de mi familia, desde mi bisabuela, lo han sido. Dudo que exista un solo niño en los alrededores que no haya sido traído al mundo por alguna de nosotras. Yo seguí la tradición, aunque aproveché el tiempo para estudiar Medicina en la universidad.

— ¿Dale es la única familia que te queda?

—Sí, y créeme, es más que suficiente.

Por cómo lo había dicho. Cole supuso que mantenían una relación muy estrecha, igual que él con sus dos hermanos.

—Supongo que éste de aquí —dijo Cole señalando la foto de boda de Patrina— es Perry

—Sí —confirmó ella al cabo de unos segundos—. Somos Perry y yo el día que nos casamos. Era un hombre maravilloso.

—Eso me han dicho. A Durango y a McKinnon les caía muy bien.

—Perry caía bien a todo el mundo. Era muy fácil tratar con él. No debería haber muerto como lo hizo.

—Pero así fue, Patrina—apuntó Cole.

No quería parecer insensible ante su dolor, pero era necesario hablarle de esa manera si quería rescatarla de las tinieblas en las que llevaba viviendo desde hacía tres años.

—No hace falta que me lo recuerdes —afirmó altiva— Pero, ya que lo has hecho, aprovecho para decirte que la forma en que murió me convenció para siempre de que jamás tendré nada que ver con un agente de la ley.

— ¿Por qué? —preguntó Cole intentando poner a prueba la seguridad con que había hecho tal afirmación—. ¿Porque murió cumpliendo con su obligación?

—Porque fue una muerte sin sentido. Para mí, es razón más que suficiente.

Antes de que pudiera decir nada, Patrina se dio la vuelta y volvió a la cocina.

¿Qué palabras podía emplear para decirle que aquélla no era razón suficiente? ¿Cómo podía hacerle ver que los hombres que se dedicaban a aquella profesión lo hacían sabiendo que se arriesgaban a morir y que, a pesar de ello, no les importaba? ¿Cómo hacerle ver que para ellos valía la pena si eso significaba ayudar a la gente? Cole lo sabía por experiencia propia. De hecho, si había dejado de ser ranger no había sido por el peligro, sino por la necesidad de cambiar de vida, por el deseo de aprovechar las infinitas posibilidades que le ofrecía la vida.

—El desayuno está listo —dijo Patrina desde la cocina.

—Voy.

Poniéndose una camisa, Cole pensó en qué debía hacer. Era posible que ella se hubiera molestado por la conversación acerca de su marido, pero aquello no lo iba a detener. Aquella mujer lo atraía, lo excitaba, despertaba en él un deseo que nunca antes había sentido.

Estaba dispuesto a todo para convencerla.

Capítulo Cuatro

Patrina estaba poniendo los platos sobre la mesa de la cocina cuando Cole entró.

¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había desayunado con un hombre?

—Qué buena pinta tiene todo —dijo él lavándose las manos en la pila.

—Gracias, Cole. Espero que te guste.

— ¿No vas a desayunar conmigo? —preguntó acercándose a ella—. Me gustaría mucho.

—Tengo cosas que hacer —respondió Patrina turbada por su presencia.

—Tienes que comer algo —apuntó acercándose un poco más— ¿Por qué tengo la impresión de que me tienes miedo?

Patrina lo miró intentando que de algún lugar de su cuerpo le saliera una respuesta cortante, fría, pero no fue capaz. Los ojos de Cole parecían estar hipnotizándola, su respiración envolviéndola en una ola de deseo, su olor venciendo su voluntad.

— ¿Por qué eres tan persistente?

—Por esto —respondió Cole tomando su mano entre las suyas.

El contacto provocó una reacción en cadena por todo su cuerpo, como si una corriente eléctrica desprendida por los dedos de él la hubiera encendido. Empezó a sentir calor, más calor, un fuego intenso que también veía reflejado en los ojos de Cole.

— ¿Lo ves? —dijo él.

—Será mejor que te sientes y desayunes —se apresuró a responder Patrina—. Se va a quedar frío.

—Las señoritas primero —dijo él tomando una silla para ayudarla a sentarse

—Gracias.

—Sera un placer desayunar contigo.

Pero, ¿qué había hecho? Sin darse cuenta, había accedido a hacer justo lo que él había querido desde el principio.

« ¿Cómo podía ser tan tonta?»

Cole empezó a servirse como si no hubiera comido en varios días. La mesa estaba repleta de galletas, huevos, beicon, zumo de naranja y café. Estaba claro que el señor Westmoreland disfrutaba comiendo.

—El café esta delicioso. Caliente y fuerte, justo como a mí me gusta.

Patrina estuvo a punto de responder que Perry también solía tomarlo así, pero decidió no hacerlo.

— ¿Funciona la televisión?
—Sí —contestó ella.
— ¿Por qué no la has encendido?
—No suelo tener tiempo para hacerlo —volvió a decir— Suelo trabajar mucho, así que, cuando la veo, es cuando estoy en el hospital. Además, no suelen poner nada interesante, sólo programas del corazón y cosas así.
— ¿Quieres decir que nunca has visto CSI? —preguntó tomando un sorbo de café.
—No quiero tener nada que ver con la ley, ya te lo he dicho. Eso incluye los programas de televisión.
—Seguro que la policía de aquí no está muy contenta contigo — bromeó Cole.
—No tergiverses mis palabras. No tengo nada contra ellos, de hecho estuve casada con un policía. Lo que he querido decir es que ya no quiero tener nada que ver con ese mundo.
Cole se preguntó si lo que acababa de decir Patrina, además de ser una referencia a su difunto marido, también apuntaba a él. Nadie de su familia, excepto su hermano Clint y su primo Quade, sabía que había dejado el trabajo. Había planeado decírselo a todo el mundo en la fiesta de cumpleaños de su padre. Y aunque confesárselo a Patrina habría sido una ayuda, no quería hacerlo. Estaba dispuesto a demostrarle que la pasión estaba por encima de todo, hasta de los prejuicios y de los malos recuerdos.
—Si quieres, puedes ver la televisión, a mí me da igual, prefiero leer
— ¿Alguna novela de Rock Masón?
—Sí.
Cole reprimió una risa irónica. Ambos sabían que Rock Masón, cuyo nombre real era Stone Westmoreland, era primo suyo. La mujer de Stone, Madison, había dado a luz un mes antes
— ¿Ya sabes quién va a ser la próxima víctima? —le preguntó Cole haciendo referencia al libro.
—Todavía no. Es absorbente. Por cierto, creo que Stone está a punto de sacar otro libro —dijo Patrina extendiendo la mano para alcanzar la cafetera.
— ¿Puedo ayudarte en algo?—le preguntó él
— ¿Como qué?
—No sé… Cortar leña para la chimenea, lavar los platos, hacer un muñeco de nieve… Sólo tienes que decirlo y lo haré.
—Hay madera de sobra. Dale siempre se ocupa de eso cuando viene. Y sobre los platos… No hace falta, gracias. Los pondré en remojo en la pila y ya los fregaré luego.
— ¿Y qué hay de lo de hacer un muñeco de nieve? —sonrió Cole.

—No, gracias, hace mucho frío.
—No exageres... Seguro que estás acostumbrada. Venga, vamos.
—No te esfuerces, no saldré. Además, tú deberías seguir descansando, todavía no estás recuperado
—Estoy perfectamente —aseguró Cole levantándose de la mesa— ¿Por qué no te quedas ahí sentada tranquilamente leyendo mientras yo friego los platos?
—Cole, no tienes que hacerlo.
—Pero quiero hacerlo, necesito hacer algo. Venga, ve por tu libro, yo me encargo de esto
—Empecé a leerlo el otro día.
—Lo sé —dijo Cole empezando a recoger los platos—. Te vi sentada leyendo. Te quedaste dormida, ¿verdad? No estoy seguro, porque luego me volví a despertar y ya no estabas.
—La silla era un poco incómoda y me fui a mi cama
—Podrías haberte acostado en la mía —dijo Cole mirándola—. No me habría importado hacerte sitio.
—No vas a dejar de insistir, ¿verdad?
—Ya te lo he explicado, Patrina. Nada ha cambiado en mí. De hecho, estoy más convencido incluso que ayer.
— ¿Por qué?
—Ya lo sabes. Porque yo te deseo y tú me deseas.
— ¿Y si te dijera que yo no te deseo? ¿Que no me atraes en absoluto? —preguntó Patrina desviando la mirada.
—Diría que estás mintiendo.
—No va a pasar nada entre nosotros, Cole —replicó un poco furiosa.
— ¿Apostamos algo? Patrina, cuando nos hemos dado la mano, has sentido lo mismo que yo. Y cuando nos besamos ayer, ocurrió lo mismo. Puedo sentir tu excitación. Quiero que la dejes salir.
— ¿Te crees tan irresistible que piensas que ninguna mujer puede decirte que no?
—No. Soy un hombre incapaz de resistirse a tu belleza.

Furiosa por la conversación que acababan de tener, y a la vista de que no iban a llegar a ningún sitio, Patrina se levantó de la mesa, salió de la cocina y entró en el salón para estar sola
Respirando profundamente, con las palabras que acababa de decirle Cole dándole vueltas aun en la cabeza, rememoró los hechos desde que se había encontrado con él en la carretera. ¿Era posible realmente que dos personas sintieran una atracción tan fuerte el uno por el otro y de una forma tan súbita y espontánea?
Patrina no sabía responder la pregunta, pero de lo que sí estaba segura era de que a ella no le había pasado nunca. Perry y ella se

habían conocido siendo niños, cuando la familia de él se había mudado a la ciudad y se habían conocido en el colegio. Habían tenido una relación tranquila y convencional. Les había costado muy poco controlar los efluvios de sus hormonas durante los años en que habían estado saliendo, y, de ese modo, habían llegado vírgenes a su noche de bodas. Con Perry, todo había sido sencillo. Con Cole, en cambio, estaba siendo distinto. ¿Era la atracción que sentían el uno por el otro razón suficiente para arrojarse a una relación desenfrenada?

Cole parecía tener una opinión muy definida al respecto. Para él, era razón más que suficiente. Estaba dispuesto a que vivieran aquella pasión independientemente de que ocurriera después.

«Por encima de mi cadáver», pensó Patrina llena de ira y frustración.

Si Cole la veía simplemente como un objeto sexual, estaba dispuesta a demostrarle que no lo era. Y lo mejor que podía hacer para conseguirlo era ignorarlo.

Saliendo del salón, entró en su dormitorio y cerró la puerta de un golpe.

Se tumbó en la cama, tomó su libro de la mesilla de noche y se dispuso a pasar el día tranquila, ignorando por completo su presencia allí.

Cuando terminó de fregar el último plato del desayuno, Cole se secó las manos y miró a su alrededor Patrina se había metido en su habitación, dispuesta a ignorarlo.

«No importa», pensó Cole. «Antes o después, tendrá que salir de ahí»

Podía hacer mil cosas para matar el tempo hasta que llegara ese momento. En su maleta, por ejemplo, guardaba muchos crucigramas sin hacer. Le encantaba ejercitar su mente siempre que podía

Salió de la cocina y se detuvo un momento frente a la puerta del dormitorio de Patrina, tentado de llamar.

Pero no, no era el momento. Debía esperar. Acabaría saliendo, aunque sólo fuera para comer.

Con una sonrisa en los labios, se retiró a su dormitorio dispuesto a esperar el tiempo que fuese necesario.

Tumbada en la cama, Patrina miró el cielo a través de su ventana La nieve caía con más fuerza aún que el día anterior.

¿Qué hora sería?

Consultó el reloj de la mesilla de noche. Ya era por la tarde. ¿Cómo había pasado el tiempo?

De pronto, se incorporó en la cama al sentir un dulce aroma procedente de la cocina. Se levantó, fue hasta la puerta y la abrió. El

olor se hizo mucho más fuerte. Picada por la curiosidad, salió de su dormitorio y se dirigió a la cocina.

Allí estaba Cole, con un delantal atado a la cintura y cocinando tan tranquilo.

— ¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Pensé que me tocaba a mí hacer la cena —contestó él sonriéndole como si fuera lo más normal del mundo

—No creí que supieras cocinar

—Hay muchas cosas que no sabes sobre mí. Sí, sé cocinar. De hecho, me gusta mucho. Esto estará listo en un minuto. Es un plato típico de Texas.

—Huele muy bien —dijo ella acercándose un poco.

—Ya verás como también sabe muy bien.

— ¿Necesitas que te ayude?

—No hace falta, ya me he ocupado de todo. ¿Qué tal has pasado el día?

Una parte de Patrina se sintió culpable al pensar que se había pasado las horas metida en su habitación, leyendo, mientras él había estado preparando la cena para los dos.

—Bien, pero debería haberte ayudado.

—En absoluto. Necesitabas estar sola.

—Bueno, al menos pondré yo la mesa —dijo ella lavándose las manos en la pila.

Sin esperar su respuesta, y dado que la cocina, al fin y al cabo, era suya, Patrina abrió los cajones dispuesta a hacerlo.

— ¿Has terminado el libro? —dijo volviéndose hacia ella, haciendo que la camiseta de manga corta que llevaba puesta marcara sus músculos.

Pero Patrina no había escuchado la pregunta. Lo estaba mirando.

— ¿Y bien?

— ¿Qué? —preguntó turbada.

—Te he preguntado si ya has terminado el libro —repitió Cole, esa vez sonriendo

—Todavía no. Pero se está poniendo muy interesante —dijo sin dejar de mirarlo.

— ¿Vas a poner la mesa? —preguntó Cole al ver que Patrina estaba de pie sin hacer nada.

—Sí, sí, por supuesto —contestó ella dándose cuenta de que estaba mirándolo como una tonta con los platos en la mano.

Pero al ir a ponerlos sobre la mesa, se encontró con el cuerpo de Cole delante de ella.

—Sé que necesitabas espacio para ti sola —dijo Cole tomando los platos—, pero no me he sentido bien.

— ¿Por qué?—preguntó ella incapaz de encontrar otra cosa que

decir, como si él hubiera vaciado su mente.

—Porque me habría gustado pasar el día contigo

— ¿Y qué habríamos hecho?

—Crucigramas —respondió él con una sonrisa seductora.

— ¿Crucigramas? —repitió Patrina, que no estaba segura de haber oído bien.

—Sí, crucigramas, se me dan bien.

No era lo único que se le daba bien.

Estaba consiguiendo 1o que se había propuesto.

Patrina tenía el cuerpo ardiendo. Estaba deseando abrazarlo, besarlo...

—No lo pienses, Patrina. Hazlo —murmuró Cole

Patrina lo miró asustada. ¿Cómo había sabido lo que estaba pensando? ¿Tanto se le notaba?

—Déjate llevar.

Suavemente, Cole tomó su rostro entre las manos y pegó su cuerpo contra el de ella.

Al hacerlo, provocó una respuesta inmediata en Patrina, una respuesta instintiva que no fue capaz de controlar. El deseo se estaba apoderando de ella, haciendo que sus pechos se endurecieran y sus pulmones respiraran agitadamente. Su capacidad de razonar había desaparecido.

Cuando sus labios tocaron los suyos, Patrina ya estaba entregada. Empezó a saborear la boca de él, dejando que su lengua entrara poco a poco.

Cole deslizó sus manos imperceptiblemente por su cuerpo y empezó a acariciarle la cintura, a rodearle la espalda y a descender suavemente.

Entonces, pegada a él, sintió su excitación en el vientre, como una roca. Sin saber por qué, Patrina se pegó aún más a él; necesitaba sentirlo, lo necesitaba a toda costa.

Dispuesta a dejarse llevar, rodeó el cuello de Cole con sus manos y lo besó con ardor.

Pero no tenía suficiente.

El miembro erecto de él la estaba volviendo loca.

Necesitaba tocarlo.

Sentirlo.

Deslizando sus manos por el cuerpo de él, llegó a su cinturón y empezó a desabrocharle los pantalones con urgencia, incapaz de pensar en otra cosa.

Y, entonces, la alarma del horno empezó a pitar.

Para Patrina, fue como si le hubieran arrojado una jarra de agua fría sobre la cabeza.

Se apartó de él como si le hubiera dado una descarga. Tenía el

rostro rojo, los ojos desorbitados y estaba desorientada.

¿Qué había pasado?

¿Dónde estaba?

— ¿Patrina?

Pero ella fue incapaz de responder. Quería que la tierra se la tragara. ¿Cómo demonios había llegado tan lejos?

—Patrina, mírame.

—No —dijo dándose la vuelta, dispuesta a salir de allí— No quiero mirarte, quiero estar sola, déjame sola.

—Lo que pasa es que tienes miedo —dijo Cole siguiéndola hasta el salón— Tienes miedo de dejarte llevar, de entregarte a la pasión que llevas dentro.

Patrina se dio la vuelta para responderle, pero, al hacerlo, se chocó con él. Perdió el equilibrio y cayó de espaldas en el sofá. Y él con ella

Lo tenía encima, sus cuerpos estaban pegados.

Cole la estaba mirando, envolviéndola en aquellos ojos a los que era incapaz de resistirse. ¿De dónde procedía aquella excitación imparable? ¿Por qué nunca había sentido nada parecido con Perry, a pesar de haber disfrutado de todos y cada uno de los besos que le había dado? Era como si Perry y ella hubieran sido más amigos que amantes. En la cama, su marido siempre se había comportado con la misma gentileza que fuera de ella, la había tratado como a una copa de cristal frágil que pudiera romperse en cualquier momento.

Cole, en cambio, estaba haciendo todo lo contrario. No la estaba tratando con delicadeza ni con diplomacia. La estaba tratando como a una mujer, encendiendo en ella una excitación furiosa que hasta entonces jamás había conocido. Se había lanzado a conseguirla y no iba a detenerse ante nada.

Los ojos de Cole reflejaban toda esa pasión intensa, pero estaba quieto, como si le estuviera dejando a ella la iniciativa.

Se mantuvieron en silencio, mirándose en la penumbra de la habitación, mientras fuera la tormenta seguía descargando toneladas de nieve contra tos sólidos muros de la casa. Patrina podía sentir cada músculo, cada pequeña parte del cuerpo de él encima de ella, incitándola, desatando poco a poco las ligaduras que custodiaban las últimas reservas de sensatez que le quedaban.

Y, entonces, incapaz de resistirlo más, Patrina lo rodeó por el cuello con sus brazos y lo atrajo hacia sí para besarlo. En el acto, como si aquella fuera la señal que hubiera estado esperando, Cole empezó a besarla furiosamente, como si estuviera tomando posesión de su territorio, como si fuera suya, como si hubiera sido suya desde el principio. Y Patrina estaba haciendo lo mismo.

Algún tiempo después, sin ser capaz de precisar cuánto, Patrina se dio cuenta de que Cole había dejado de besarla y la estaba mirando

mientras recuperaba la respiración.

—Creo que deberíamos ir a cenar —murmuró Cole tomándola entre sus brazos— Cuando terminemos... Haremos lo que tú quieras.

Capítulo Cinco

Sentado a la mesa de la cocina, Cole miró a Patrina. Estaban terminando de cenar y no habían cruzado ni una sola palabra desde que se habían sentado.

¿Estaría pensando en lo que acababa de suceder?

No cabía la menor duda de que se trataba de la mujer más apasionada que había conocido jamás. Y cabezota. Seguramente, se estaría arrepintiendo de lo que había ocurrido, convenciéndose a sí misma de que había sido un error que no debía volver a repetir.

Al menos, le estaba demostrando que él tenía razón, que era una mujer sensual, por mucho que intentara ocultarlo.

Pero aquel incómodo silencio ya había durado demasiado.

Tenía que conseguir que hablara.

— ¿Qué hacéis exactamente en la clínica? —preguntó Cole tomando un sorbo de vino.

— ¿Por qué quieres saberlo? —le devolvió ella la pregunta con un gesto escéptico.

—Porque me interesa.

— ¿Por qué te interesa? —insistió ella como ganando tiempo.

—Me interesa todo lo que tenga que ver contigo —contestó él con total sinceridad.

— ¿Y si no te lo digo?

—Bueno... En ese caso tendré que buscar alguna forma de hacerte hablar —dijo Cole en tono seductor.

—Es una clínica para mujeres —dijo al fin Patrina—. Los que trabajamos allí lo hacemos de forma voluntaria. Ofrecemos todo tipo de servicios sanitarios, chequeos mensuales, pruebas de embarazo, análisis de cáncer de mama, educación sanitaria...

— ¿Cuánto vas por allí?

—Todo lo que puedo —continuó Patrina—. Varias horas al día. Ojalá pudiera ir más. Dependemos de inversores privados, y los servicios que ofrecemos no son precisamente baratos para nosotros. Pero, a pesar de todo, nos las apañamos para garantizar un servicio de salud a las mujeres que más lo necesitan.

— ¿Embarazadas?

—No sólo ellas, todas las mujeres que lo necesitan. El año pasado, por ejemplo, llegamos a tratar a mas de mil mujeres sin hogar. Todas se merecen el mejor tratamiento que les podamos dar.

Escuchando hablar a Patrina, Cole se dio cuenta de cuánto significaba para ella aquella clínica. Pero, además, percibió por primera vez que era una mujer muy expresiva y vehemente. No

paraba de hacer gestos con las manos para explicar mejor lo que estaba diciendo, tenía los ojos encendidos…

¡Y qué manos tan delicadas y finas tenía! Quería volver a tocar esas manos que con tanta urgencia le habían desabrochado el pantalón en aquella misma cocina justo antes de que el maldito horno hubiera empezado a sonar.

Cole miró su rostro, sus ojos, sus pómulos, su nariz, sus labios… Todos parecían estar esperando a ser besados por él. Y lo deseaba. Deseaba desnudarla, meterse con ella en la cama, poseer su cuerpo….

—Lo siento… A lo mejor te estoy aburriendo —dijo Patrina de pronto.

—No, por supuesto que no —respondió Cole saliendo de su ensoñación—. Todo lo que dices es muy interesante.

«Aunque más interesante sería hacer el amor contigo», pensó él.

—Ya que has hecho tú la cena, creo que me toca a mí recoger la mesa —dijo ella levantándose y extendiendo la mano para alcanzar el plato de Cole.

—No me gusta cuando te pones nerviosa y me tienes miedo —dijo tomándole la mano.

—No te tengo miedo —replicó Patrina soltando su mano—. Es sólo que hay muchas cosas que no tengo claras.

—Es imposible tenerlo todo claro en la vida. Y menos en lo que tiene que ver con nosotros.

—No hay un nosotros, Cole.

— ¿Hace falta que te recuerde lo que ha sucedido hace un par de horas?

—Eso fue un error.

—A mí no me lo pareció —dijo él sonriendo—. Si no me hubiera detenido, habríamos seguido besándonos como locos. Mira, Patrina, si eso hace que te sientas más tranquila, puedo ayudarte a fregar los platos y luego irnos a la cama, separados, cada uno a la suya; ha sido un día muy largo —propuso Cole, aunque no era, ni mucho menos, lo que más le apetecía hacer—. Pero, si quieres pasar la noche conmigo, no tengo nada que objetar. A mí me gustaría mucho—añadió suavemente, en voz baja.

—Yo dormiré en mi cama y tú en la tuya —sentenció ella.

—Será como tú quieras.

—Por supuesto.

—Bueno, pues ya está decidido. Ahora, déjame al menos ayudarte a limpiar la cocina

—Puedo hacerlo sola, gracias —insistió empezando a quitar los cubiertos de la mesa

—Como quieras —dijo Cole levantándose de la mesa—. Me iré.

—Bien —dijo ella, sorprendida de que fuera a dejarla tranquila tan

fácilmente

—No —dijo Cole desde la puerta— Lo que de verdad estaría bien sería acostarnos juntos esta noche. Eso sí estaría bien.

A los pocos minutos, Patrina escuchó desde la cocina el ruido de la ducha en la habitación de Cole, lo cual la llenó de tranquilidad, ya que quería decir que estaba dispuesto a cumplir su palabra y dejarla en paz

Sin embargo, la tranquilidad duró poco. Su mente empezó a imaginarse a Cole desnudo bajo el agua del cuarto de baño, y eso le hizo recordar lo que había sucedido unas horas antes, la forma en que habían yacido uno encima de otro en el sofá del salón, con sus cuerpos pegados, la facilidad con la que él había vuelto a desatar el deseo dentro de ella.

Pero no debía volver a ocurrir. Debía mostrar más resistencia, hacerle ver que no era ninguna provinciana solitaria a la que pudiera manipular a su antojo.

Hablar de su trabajo en la clínica le había hecho entrar en razón, le había recordado todos y cada uno de los días que había pasado con mujeres desesperadas cuyo único error había sido dejarse llevar en un momento fatal.

No, ella no cometería el mismo error

Porque cada vez estaba más convencida de que lo único que él quería era acostarse con ella, nada más. Y aunque ya no podía ocultar más el hecho de que sentía una innegable atracción sexual por él, estaba dispuesta a no volver a caer en sus redes.

Patrina terminó de fregar los platos y de limpiar el suelo y antes de retirarse a su habitación y ponerse a leer un poco, encendió la radio para escuchar el parte meteorológico. Estaba deseando que aquella tormenta cesara para que Cole se marchara y ella pudiera recuperar su vida de siempre.

Su vida de siempre.

Ir y volver de la clínica.

Hacer visitas por toda la ciudad.

Estar siempre sola.

¿Y si le hacía caso a él y sólo por una noche, se olvidaba de sí misma, de su vida y se entregaba al placer?

¿Es que era tan malo satisfacer sus necesidades sexuales?

Lo que no podía negar era que se sentía excitada sólo de pensar que un hombre como Cole Westmoreland pudiera encontrarla atractiva. ¿Por qué no aprovechar las circunstancias? Al fin y al cabo, en cuanto la tormenta remitiera, él se marcharía de allí y sería muy difícil que volvieran a encontrarse, ya que él sólo iba a Bozeman muy de vez en cuando a visitar a su hermana Casey.

Sin embargo, quedaba pendiente el asunto de la fiesta que Casey y

Abby habían organizado para el padre de Cole, Corey. Patrina estaba invitada, y Cole estaría allí. Verlo después de haber pasado con él una noche entera no sería tan incómodo El deseo habría remitido. Además...

«Pero, ¿qué estás diciendo? ¿Cuánto vino has bebido en la cena?», se dijo a sí misma encendiendo la radio y poniendo a calentar un poco de café.

Pocos minutos después, mirando caer la nieve a través del cristal, Patrina cayó en la cuenta de que, si la previsión del tiempo que acababa de escuchar por la radio se cumplía, aquella noche sería la última que Cole pasaría en su casa. Según las noticias, la tormenta cesaría al día siguiente por la mañana.

¡Qué placer iba a ser quedarse sola, poder andar por la casa sin preocuparse de nadie, volver a vestir como le diera la gana!

— ¿Todavía está nevando?

— ¿Qué? —preguntó Patrina dándose la vuelta bruscamente y derramando un poco del café que tenía en la mano.

Cole fue hasta ella rápidamente y tomó la taza de café.

— ¿Qué pretendes? ¿Quemarte?

—Me has asustado —contestó ella.

—Lo siento, no fue mi intención —se disculpó dejando la taza de café sobre la encimera.

Fue entonces cuando Patrina reparó en que Cole estaba descalzo y en ropa interior. El tipo de ropa interior que también utilizaba su hermano Dale, aunque nunca había reparado en lo mal que le quedaba a él.

Además, observó que estaba excitado, que su miembro erecto se escondía, a la espera, detrás de un ostentoso bulto a la altura de la entrepierna.

— ¿Y bien?

—Y bien... ¿qué?

—La tormenta.

—Creo que empezará a retirarse mañana —dijo Patrina sin saber muy bien si Cole se refería a la nieve o a lo que estaba sucediendo dentro de los muros de la casa.

—Eso quiere decir que tendré que irme.

—Seguro que Casey se alegrará mucho de verte.

—Y tú seguro que estás desando quedarte sola de nuevo.

Patrina lo miró fijamente. ¿Era eso lo que quería? ¿Quedarse sola de nuevo?

—Hay una luna llena preciosa —dijo Cole señalando el cielo nocturno.

— ¿Y? —preguntó ella a la defensiva, incapaz de creer que él pudiera haber hecho aquel comentario sin ninguna doble intención.

—Dice Ian que cada luna llena tiene un significado y es diferente a las demás.

Ian era primo de Cole. Había estudiado Física y después trabajado una temporada en la NASA. En los últimos tiempos, había cambiado de profesión y regentaba un casino en el lago Tahoe.

— ¿Y qué crees que quiere decirnos ésta?

—Las lunas de abril son símbolo de la fertilidad. Nos invitan a liberar nuestros deseos.

— ¿Seguro que Ian te dijo eso?

—No, me regaló un libro que hablaba sobre el tema. Por cierto, como ya te dije ayer, ni Casey ni mi padre esperaban mi visita hasta dentro de algunas semanas. Lo digo porque, si no te importa, preferiría que no supieran nada de esto.

— ¿Nada de qué? Aquí no ha pasado nada.

— ¿Nada?

—Sólo unos besos...

—Entonces, no ha sido un sueño, ¿verdad? —murmuró Cole mirándola.

—No, no fue un sueño —contestó ella.

— ¿Quieres que lo hagamos de nuevo?

Patrina iba a responder que no cuando algo dentro de ella la detuvo. Aquélla era la última noche que iban a pasar juntos. Sería muy difícil que sus caminos volvieran a cruzarse. ¿Iba a dejar escapar aquella oportunidad? Deseaba volver a besarlo, lo deseaba con todas sus fuerzas.

— ¿Patrina?

—Quizá —respondió ella mirándolo fijamente.

— ¿Quizá? —repitió él sorprendido.

—Sí, quizá me gustaría hacerlo de nuevo.

— ¿Quizá? ¿No estás segura?

—Preferiría que fueras tú el que me convenciera.

— ¿Eres consciente de lo que estás diciendo?

«Claro que lo sé», pensó ella. «Sólo un beso, un beso antes de que te vayas, por favor».

—Perfectamente —contestó Patrina.

Capítulo Seis

Cole la besó sin esperar un solo segundo, deseando saborear su boca Quería que Patrina volviera a sentir la pasión dentro de ella y se dejara llevar más allá.

Puso todo lo que tenía dentro para cautivarla lo máximo posible. La besó una y otra vez. Y empezó a surtir efecto. Patrina estaba empezando a suspirar, a besarlo, a intentar atrapar sus labios en los suyos.

Consciente de que estaba empezando a entregarse, Cole decidió aumentar la intensidad y comenzó a besarla con más ardor, saboreando cada lugar de su boca, descubriendo rincones que jamás habían explorado, probando miles de formas de excitarla.

Entretanto, no dejaba de mirarla. Le gustaba ver los parpados de ella moverse intermitentemente, los ojos iluminados, las pupilas dilatadas.

Dispuesto a llegar lo más lejos posible. Cole empezó a desabrocharle los botones de la blusa poco a poco. Con cada botón que lograba quitar, la piel de ella se hacía más visible Sus pechos estaban cada vez más cerca.

—Sólo te dije que me besaras —murmuró Patrina.

—Lo sé —dijo él desabrochándole el último botón—. Pero hay muchas formas de hacerlo.

Con un simple movimiento de sus dedos, Cole le desabrochó el sujetador y los pechos de ella aparecieron turgentes. Empezó a acariciarlos suavemente con la lengua, recorriendo sus pezones una y otra vez. Patrina había cerrado los ojos y estaba susurrando su nombre, potenciando su excitación, incitándolo a continuar.

Lentamente, sin dejar de besar sus pechos, descendió con una mano hacia sus pantalones y, despacio, le desabrochó el botón, le bajó la cremallera y se los bajó.

Patrina estaba tan entregada que apenas se dio cuenta.

Mientras su lengua seguía rodeando cada vez con más fruición los pechos de ella. Cole empezó a recorrer la parte interior de sus muslos, siguiendo las líneas de sus bragas.

— ¿Qué...? ¿Qué estás haciendo? —preguntó ella casi en un suspiro, pero sin detenerlo.

—Como te he dicho antes, hay muchas formas de besar —contestó Cole eligiendo con cuidado las palabras—. ¿Me permites que te descubra algunas de ellas?

Patrina lo miró con los ojos entreabiertos, como si estuviera decidiendo si dejarle continuar o no, si internarse en aquel nuevo mundo o detenerse a las puertas.

Patrina intentaba recuperar la respiración, pero lo único que podía hacer era mirar los labios de Cole, unos labios que le estaban regalando unas sensaciones que nunca había experimentado

Quería mas, necesitaba más.

Durante los cinco años que había estado casada con su marido, Perry jamás había logrado excitarla de aquella manera. Y aquel hombre, en un solo día, había conseguido volver su vida del revés.

¿Iba a permitirle que continuara?

Como si estuviera espiando sus más íntimos pensamientos, Cole empezó a acariciarle en lo más profundo de su sexo.

—Dímelo —murmuró él—. Dime que te puedo besar aquí —añadió introduciendo un dedo dentro de ella.

Patrina sintió como si un hierro al rojo vivo estuviera entrando dentro de su cuerpo y la estuviera quemando Sólo él podía apagar ese fuego, sólo él podía consumirlo con sus dedos y con su boca. Sólo él.

—Patrina...

Abrió los ojos y vio que él estaba tan excitado como ella, que la estaba devorando con la mirada, que quería continuar.

—Sí —accedió ella con un susurro—. Hazlo, hazlo.

Con una sonrisa de satisfacción. Cole deslizó las bragas por sus piernas. Para Patrina, fue como si la estuvieran despojando de algo muy íntimo, de la última defensa que le quedaba ante aquella fuerza de la naturaleza que la estaba sojuzgando. Estaba desnuda. Completamente desnuda delante de él. Pero no sentía vergüenza ni temor. Sólo un deseo irrefrenable

Cole se arrodilló, le separó las piernas poco a poco, le sujetó los muslos con las manos y empezó a introducir su lengua en el corazón del sexo de ella.

Las piernas de Patrina empezaron a temblar y los pulmones dejaron de bombear oxígeno. Al mirar hacia abajo, vio la cabeza de Cole hundida dentro de ella, devorándola, poseyéndola como nadie la había poseído hasta ese momento. La visión la excitó más aún.

Empezó a gemir, una y otra vez. Intentó morderse el labio inferior para contenerse, pero fue inútil. Los gemidos estaban empezando a convertirse en gritos, gritos de placer. Cada vez que la lengua de él se internaba en un nuevo pliegue, un grito escapaba de su boca.

—No pares, por favor, no pares—dijo Patrina poniendo sus manos a ambos lados de la cabeza de Cole para asegurarse de que no se detenía.

Entonces, todo su cuerpo empezó a temblar, a ser recorrido por

intensas convulsiones que parecían querer desmembrarla o transportarla a un planeta distinto, a un tiempo diferente. El mundo desapareció, se hundió bajo sus pies y se deshizo en un orgasmo como no había tenido en toda su vida.

Y, entonces, justo cuando creía que ya no era posible ir más allá, sintió que él la había tomado en brazos.

—Espera, peso mucho...

—No pesas nada —replicó Cole

Patrina hundió su rostro entre los músculos del pecho de él.

No sabía dónde la estaba llevando, pero no le importaba lo más mínimo.

A los pocos segundos, sintió la suavidad de unas sábanas bajo su espalda y supo dónde estaba. Cole le estaba quitando los zapatos, las bragas y los pantalones, que estaban enrollados en sus pies.

En pocos segundos, yacía desnuda sobre la cama de su dormitorio.

Entonces, Cole la besó suavemente, la tapó con las sábanas, miró alrededor como comprobando que todo estaba en orden y la miró con dulzura, detrás de la cual se escondía una pasión contenida.

—Buenas noches, Patrina. Descansa.

Patrina no dijo nada. Estaba demasiado débil para hacerlo.

Desnuda, con el cuerpo transformado, lo vio abrir la puerta de la habitación y desaparecer detrás de ella.

Nada más cerrar la puerta, Cole se apoyó en la pared, a punto de desfallecer, y tomó aire.

Había empleado toda su capacidad de autocontrol para poder dejar a Patrina allí desnuda, mirándolo llena de deseo. Nunca, en toda su vida, había sentido algo parecido por una mujer.

Había en ella algo que despertaba sus instintos más primarios, instintos que siempre había creído poder controlar. Pero con ella era incapaz. Había sido darle el primer beso y quedar atrapado en una espiral obsesiva.

Había saboreado sus labios, sus pechos, había saboreado todo su cuerpo, pero no era suficiente. Quería meterla en la cama y hacerla suya.

Poseerla.

Sabiendo que, de permanecer allí, acabaría por entrar de nuevo en la habitación, Cole fue a la cocina a servirse un poco del café que ella había hecho antes.

Instantes después, mirando por la ventana de la cocina mientras bebía un poco de café. Cole recordó lo que le había contado a Patrina acerca de la luna. Siempre había sentido una predilección especial por la Astronomía, aunque nunca había tenido tiempo suficiente para dedicarse más a ella. Por eso había sido una grata sorpresa averiguar

que un primo suyo era astrónomo.

Eso lo llevó a pensar en sus primos, en sus once primos varones y en la facilidad con la que su hermano Clint y él se habían integrado con ellos. Recordó la reacción del primero de ellos, Quade, al descubrir que la persona que estaban investigando Cole y Clint no era sólo un tío de Quade, sino el padre biológico de los dos hermanos. Después, al llegar a Bozeman, en Montana, en busca de Corey, habían conocido a Durango y a Stone.

Bozeman.

Era una bonita ciudad, pero demasiado pequeña. Una ciudad donde todo el mundo se conocía, donde los rumores corrían rápidamente. Una ciudad así podría arruinar la reputación de Patrina si llegaba a saberse que él había pasado aquellos días con ella. Por eso Cole le había dicho que no quería que nadie supiera que había pasado la tormenta refugiado en su casa. Ella era adulta, dueña de sus actos y sus decisiones, pero era mejor no arriesgarse.

Cole le dio la espalda a la ventana y fue hasta la mesa para servirse un poco más de café. Era ya tarde, pero no tenía sueño. Sólo de pensar que Patrina estaba durmiendo en la habitación de al lado se incendiaba.

¿Y una ducha fría?

Había dejado la taza de café sobre la encimera, decidido a dirigirse al cuarto de baño cuando, en la puerta de la cocina, vio a Patrina

Tenía el pelo suelto, descansando sobre sus hombros y tapando los tirantes de un suave camisón de noche azul claro.

—No podía dormir —murmuró ella mirándolo.

Cole fue hacia ella tomando la precaución de no acercarse demasiado. Estaba demasiado excitado para seguir controlándose por más tiempo.

— ¿Quieres un poco de café? —le preguntó él.

—No es café lo que me apetece —contestó ella inmóvil.

— ¿Qué es lo que quieres? —preguntó nervioso.

— A ti. Te quiero a ti. Te necesito a ti, Cole.

Capítulo Siete

Patrina se quedó mirándolo, intentando saber qué estaba pensando Cole.

Le había costado dar el paso, seguramente habían sido las palabras más difíciles que había dicho en su vida. Pero una fuerza poderosa y desconocida la había obligado a ello.

Quería más.

Necesitaba más.

Aunque Cole le había hablado de la pasión una y otra vez, aquella noche había hecho algo más que sentirla. Había llegado a un mundo desconocido, un mundo en el que jamás había estado con Perry. La forma que él tenía de interpretar sus necesidades, sus deseos, sus fantasías...

No cabía la menor duda de que era un hombre experimentado, un hombre con un don para satisfacer a las mujeres. Y ella quería vivirlo, aunque tuviera que irse al día siguiente, aunque nunca más volviera a verlo. Lo necesitaba

Lo necesitaba con todo su cuerpo.

— ¿Estás segura?

—Complemente segura —contestó sin desviar la mirada, intentando demostrarle con los ojos lo que sentía.

Patrina dio un paso hacia Cole y él, con calidez, abrió los brazos, la atrajo hacia él y la besó.

Fue sentir de nuevo los labios de él rozando los suyos y darse cuenta de que aquél era el lugar al que ella pertenecía. Ningún hombre la había poseído de aquella manera, sus brazos parecían rodearla por todas partes; su boca, envolverla completamente.

Deslizando una mano por su camisón, Cole tomó la prenda y se la quitó por la cabeza. Patrina quedó desnuda. Entonces ella, tomándolo de la mano, lo guió hasta el salón, donde él se quitó los calzoncillos y se quedó también desnudo, quedando en evidencia su excitación, su miembro erguido y expectante.

— ¿De verdad estás segura de esto?

Patrina lo miró como dándole las gracias, incluso estando los dos desnudos, deseándose mutuamente, Cole le estaba dando la oportunidad de detenerse.

—Sí, estoy segura, aunque espero que entiendas que no tengo tanta experiencia como tú.

—Eso me gusta más todavía.

Tomándola entre sus brazos, Cole la besó suavemente, haciendo que la boca de ella se abriera poco a poco, más y más, hasta que empezaron a devorarse el uno al otro, con las lenguas entrelazadas. Sin dejar de besarla, Cole la tomó en brazos y la llevó despacio hasta la habitación donde había estado durmiendo aquellos dos increíbles días

Al llegar junto a la cama, Cole la dejó en el suelo.

Patrina supo que le estaba dando una última oportunidad. Sin dudar ella quitó la colcha de un tirón, se metió entre las sábanas y, una vez tumbada, lo miró expectante. Cole estaba completamente desnudo y con una erección fuera de la común.

El tiempo de sentirse culpable por todo cuanto tenía que ver con Cole había pasado. Había comprendido que era una mujer como todas las demás, con necesidades y deseos. Cuando, al día siguiente, él se marchara, tendría que volver a vivir con sus frustraciones, ocultando su pasión. Pero aquella noche era suya, quería dejar toda su vida a un lado y entregarse a él.

Sin prisas, Cole entró en la cama por el lado que le había dejado Patrina, una cama enorme, suficiente para dos personas.

De nuevo, él la abrazó y empezó a besarla, esa vez con más furia, con más urgencia.

Y Patrina se estaba volviendo loca. Todo lo que él hacía parecía estar destinado a satisfacerla, a derretirla.

La mano de Cole empezó a bajar por su cuerpo hasta detenerse entre sus piernas. Sus dedos empezaron a acariciarla, a incitarla. Patrina, como en un acto reflejo, tomó el miembro de él entre las manos y empezó a tocarlo. Estaba duro, más duro de lo que nunca habría podido imaginar. Sin saber qué estaba haciendo ni cómo, empezó a masajearlo con ritmo con una sorprendente facilidad, como si lo llevara haciendo toda la vida.

Entonces, se encontró con los ojos de Cole y vio en ellos lo que sus caricias le estaban provocando.

Cole separó las piernas de ella con las manos y, poniéndose sobre ella, la miró fijamente, advirtiéndole con los ojos de lo que estaba a punto de ocurrir.

—Te deseo, Cole—gimió Patrina fuera de control.

Y entonces, lo hizo.

Penetró con decisión dentro de ella, haciendo que todo el cuerpo de Patrina se estremeciera. Empezó a moverse cada vez más rápido, haciendo que ella pasara las piernas alrededor de él mientras sentía el olor de sus cuerpos.

Y cuando creía que ya no era posible sentir más placer, sus piernas empezaron a temblar, su cuerpo a desgarrarse como si lo estuvieran partiendo en dos y todo explotó en una fracción de segundo, haciendo

que los miles de pequeños pedazos en los que se había desintegrado su cuerpo volvieran a recomponerse.

Jadeando, Cole la abrazó y la besó apasionadamente.

Y ella, ajena a cualquier otra cosa, cenó los ojos para sentir mejor sus labios.

Cole abrió los ojos y se preguntó cuánto tiempo habría pasado.

Se habían quedado dormidos, el uno en los brazos del otro. El olor de ella estaba por todo su cuerpo, la habitación olía a sexo, los labios de ella estaban entreabiertos, las sabanas retorcidas...

¡Y no habían usado preservativo!

¿Cómo se le podía haber olvidado?

Tenía varios en su maleta.

Era la primera vez que le ocurría algo así con una mujer.

Miró a Patrina

Dormía plácidamente, con un gesto de satisfacción en el rostro. Odiaba tener que hacerlo, pero debía despertarla.

Tenía que decírselo.

—Patrina —susurró.

Después de decir su nombre varias veces, ella abrió los ojos lentamente y, sin darle tiempo a decir nada, le pasó los brazos alrededor del cuello y lo besó.

Cole empezó a sentir de nuevo la urgencia, el deseo resucitando su cuerpo y lanzándole hacia delante. Sin poder evitarlo, se puso sobre ella, le abrió las piernas violentamente y la penetró completamente.

Patrina lo rodeó con los brazos y las piernas, moviéndose al compás del cuerpo de él, aceptando cada penetración, saboreándola, recibiéndola como si fuera un regalo.

Entonces, Cole comprendió que nunca podría volver a sentir una excitación tan intensa con nadie más que con ella, como si, mientras Patrina gemía y gritaba su nombre, estuviera marcándolo para siempre.

—Ha parado de nevar.

Patrina miró por la ventana y comprobó que Cole tenía razón. La tormenta no sólo había cesado, sino que el sol empezaba a asomar tímidamente entre las nubes.

Guardó silencio.

Aquello significaba el final.

—Tengo que llamar a la agencia de alquiler —dijo él como si le hubiera leído el pensamiento—. Necesito que se lleven el coche y me traigan otro. Y por favor, recuerda lo que te dije ayer —añadió abrazándola—. Nadie de mi familia me esperaba tan pronto. Prefiero que nadie sepa nada acerca de esto. Quiero que sea nuestro secreto.

Patrina sabía que lo decía para protegerla, para salvaguardar su reputación, pero no era necesario. Iba a decírselo cuando él la besó,

haciendo que las palabras se derrumbaran y en su lugar apareciera de nuevo el deseo.

Habían pasado toda la noche haciendo el amor, quedándose dormidos y despertándose para volver a empezar. Aunque nunca volviera a estar con ningún otro hombre en toda su vida, podía darse por satisfecha. En sólo cuarenta y ocho horas había pasado de ser una mujer escondida dentro de un mundo oscuro y aséptico a experimentar una pasión que jamás podría haber imaginado.

—Patrina, anoche no usamos preservativo —dijo Cole—. Ni la primera vez ni las siguientes. Lo siento. No suelo olvidarme de estas cosas, lo siento de verdad. Quiero que sepas que, si te quedas embarazada, asumiré toda la responsabilidad.

Patrina lo miró tranquila.

Agradecía sus palabras, pero no eran necesarias Aunque no era el mejor momento para quedarse embarazada, era algo a lo que no tenía miedo. Había traído a tantos bebés al mundo, había conocido a tantas madres, que había comprendido que muy pocas de ellas los habían tenido en el mejor momento de sus vidas. Y, a pesar de ello, aquellos pequeños las habían llenado de felicidad.

—No te preocupes. Cole. Si me quedo embarazada, seré perfectamente capaz de hacerme cargo de mi hijo

—De nuestro hijo —corrigió él—. Por favor, prométeme que, si lo estás, me lo dirás.

Patrina asintió para que se quedara tranquilo.

Tenía, por supuesto, todo el derecho a saberlo. Sin embargo, aunque lo llamara para decírselo, no quería que él se sintiera obligado a nada. Los dos habían actuado voluntariamente.

—Ahora vuelvo.

Cole se levantó de la cama y ella supuso que iría al baño. Desnuda, con las sábanas enrolladas, se inclinó sobre la mesilla y vio que eran las diez de la mañana. Parecía un poco más tarde, ya había mucha luz, y...

—Ya estoy aquí—dijo Cole metiéndose de nuevo en la cama—. Fui a buscar esto —añadió mostrándole una caja de preservativos.

Patrina lo besó cariñosamente pensando que, al fin y al cabo, tener un hijo de Cole tampoco sería nada malo.

De hecho, se dio cuenta de que una parte de ella lo deseaba

Pero entonces, Cole empezó a besarla apasionadamente y Patrina se olvidó de todo.

Cole metió la última maleta en el maletero del coche nuevo que le había proporcionado la agencia. El día había despejado completamente.

Patrina lo observaba desde la puerta de la casa. Estaba preciosa, aunque Cole sólo era capaz de pensar en ella desnuda, en todas las

veces que habían hecho el amor.

Cole cerró el maletero y se acercó a ella. No quería marcharse, pero sabía que debía hacerlo.

Cuando estuvo junto a ella, la abrazó y la besó como si fuera un soldado que se fuera a la guerra. Patrina le respondió con la pasión que ponía en todas las cosas.

Diablos.

La iba a echar de menos.

Terriblemente de menos.

—Es hora de irme —dijo Cole.

— ¿Conducirás con más cuidado esta vez?

—Si no lo hago, ¿vendrás tú a rescatarme?

—Claro que sí —sonrió ella—. Iré a rescatarte a cualquier lugar de la Tierra, a cualquiera, Cole Westmoreland

Aquello estaba resultando mucho más difícil de lo esperado.

—Espero haber sido un buen huésped.

—El mejor. Y yo espero haber sido una buena doctora

—Excelente. Pero creo que en la cama eres mejor todavía. Cuando nos veamos en el cumpleaños de mi padre, me costará mucho no correr hacia ti y desnudarte delante de todo el mundo. Casi tanto como irme de aquí y no hacerte el amor por última vez.

— ¿Y qué te impide hacerlo?

—Porque una vez no sería suficiente —contestó Cole—. Tendría que hacerlo una y otra vez, y nunca querría irme.

Cole respiró profundamente.

Le había costado mucho decir aquello, pero era la verdad, lo que senda.

—Acuérdate un poquito de mí —dijo luchando contra la tentación de abrazarla, de entrar de nuevo en aquella casa y quedarse en ella para siempre—. Ahora eres una mujer nueva. No vuelvas a recluirte en ese mundo oscuro en que estabas. Eres una mujer demasiado maravillosa y apasionada para hacerlo.

Dándose la vuelta. Cole bajó las escaleras del porche y entró en el coche sin mirar atrás.

Arrancó y, mientras se alejaba, la vio de pie en la puerta de la casa.

Sin duda, Patrina era la mujer más apasionada que había conocido jamás.

Capítulo Ocho

—¡Vaya sorpresa! —exclamó Casey Westmoreland Quinn mirando a su hermano, que había llegado unas horas antes, desde el lado opuesto de la mesa—. Y qué suerte que has tenido con el tiempo. Si hubieras venido hace un par de días, te habrías encontrado con una tormenta terrible. Toda la ciudad ha estado incomunicada.

—No debe de haber sido muy divertido —dijo Cole intentando que su voz mostrara cierta naturalidad.

—Bueno, en realidad, no podemos quejarnos —dijo McKinnon Quinn bebiendo un poco de café de la taza de su mujer.

Cole sonrió. Se alegraba mucho por los dos, era evidente que se querían de verdad. Pero, sobre todo, se alegraba por su hermana. Era una mujer muy sensible y romántica que había sufrido mucho al descubrir que su madre les había estado mintiendo toda la vida en lo referente a su marido, es decir, el padre de Cole, Clint y Casey. Viéndolos allí sentados, Cole dio las gracias al cielo por que su hermana hubiera vuelto a creer en el amor.

Después pensó en su hermano Clint, que se había casado hacía muy poco con Alyssa. También ellos parecían estar muy enamorados, cosa que a Cole lo llenaba de felicidad.

Sin embargo, en lo que a él atañía, seguía pensando que el amor y el matrimonio no eran para él. Cuando pensaba en el futuro, se veía como su tío Sid, eternamente soltero. Y es que algunas personas eran más felices estando solas. Amaba la libertad que le daba estar solo, no tener que ser responsable de nadie ni rendir cuentas a nadie. Le apasionaban las mujeres, pero prefería que se quedara en aventuras ocasionales. Nada más.

Sus pensamientos lo llevaron a Patrina, a los dos días que habían pasado juntos. Se alegraba de no habérselo dicho a nadie. Y, aunque cabía la posibilidad de que estuviera embarazada, decidió no pensar en ello antes de tiempo.

Mientras tanto, el tiempo que habían estado juntos seguiría siendo un secreto compartido entre ellos dos y nadie más. Y, sobre todo, Casey no debía saberlo. Era demasiado romántica para comprender lo que había sucedido entre Patrina y él. Además, dada la opinión que su hermana tenía de él en lo referente a las mujeres, era mejor no contárselo.

— ¿Quieres mas café, Cole? —preguntó Casey secándolo de sus divagaciones.

—No, gracias. Estoy lleno. La cena estaba deliciosa.

—Gracias.

—Bueno, ¿cómo van los preparativos para la fiesta de cumpleaños?

—Muy bien —contestó Casey— Os va a encantar, ya veréis. Por cierto, no puedo esperar a llamar a papá para decirle que estás aquí.

Desde que Corey Westmoreland había descubierto que era el padre de los tres, no había escatimado esfuerzos por establecer una buena relación con Cole, su primogénito.

—Hay algo que McKinnon y yo quisiéramos decirte. Ya se lo hemos dicho a papá, a Abby y a los padres de McKinnon. Había pensando decíroslo a ti y a Clint en la fiesta.

— ¿Qué pasa? —preguntó Cole muerto de curiosidad.

Casey y McKinnon intercambiaron sonrisas de complicidad.

—Vamos a adoptar un bebé —dijeron al unísono.

— ¡Fantástico! —exclamó Cole—. ¡Enhorabuena!

Sabía lo mucho que ambos deseaban tener hijos y formar una familia, sobre todo después de que a McKinnon le hubieran diagnosticado un problema congénito que le impedía ser padre.

—Gracias —sonrió Casey—. Pero tendrás que dárselas a la doctora Patrina Foreman.

— ¿A la doctora Foreman? —preguntó Cole intentando que nadie se diera cuenta de su estupefacción

—Sí, es la doctora que trajo al mundo a la pequeña Sarah. Dirige una clínica en la ciudad. Hace algunos meses acudió a su consulta una adolescente embarazada que no podía hacerse cargo de su bebé. Había acudido para darlo en adopción en cuanto naciera, pero quería asegurarse de que los padres fueran los adecuados. Patrina nos llamó inmediatamente, tuvimos una entrevista con la chica y nos entendimos a la perfección. Ya están todos los papeles firmados. Tendremos el bebé a las pocas horas de su nacimiento

— ¿Cuándo será eso?

—El mes que viene

—Vaya, esto sí es una gran noticia —dijo Cole—Estaréis agradecidos a la doctora Foreman...

—Es una persona maravillosa —continuó su hermana— Me extraña que no la conocieras en la fiesta del año pasado. Ha sido nominada para los premios Eve que dan aquí en Bozeman. El ganador se nombrará a finales de año en una gran ceremonia.

— ¿Los premios Eve?

—Sí, son unos premios que premian a las mujeres que más han aportado a la comunidad. Con todo el trabajo voluntario que hace todos los días, Patrina se lo merece de sobra. Su marido, que era el jefe de la policía de aquí, murió hace algunos años cumpliendo con su deber. Creo que ella, viviendo sola en aquella casa tan aislada y con tanto tiempo libre, decidió dedicarse a ayudar a los demás.

Cole bebió un poco de café intentando no pensar en Patrina, en lo

sola que debía de sentirse en su casa, en los dos días que habían pasado juntos, en la cara de felicidad con que lo había mirado mientras su pelo era iluminado por los primeros rayos de la mañana después de haber pasado toda la noche haciendo el amor.

Decidió, en cambio, que era el momento de que su hermana supiera las buenas noticias. Era algo que no le había dicho a Patrina porque, al fin y al cabo, ninguno de los dos buscaba una relación seria.

—Tengo buenas noticias —empezó Cole—. He dejado de ser ranger. He seguido los pasos de Clint y me he retirado —añadió mirando el rostro de su hermana.

No parecía sorprendida. Ella, más que nadie, sabía la seriedad con que se había tomado siempre aquel oficio.

—Eso es estupendo, Cole —dijo Casey—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—He decidido invertir el dinero que gané vendiéndole a Clint mi parte del rancho. Voy a reunirme con Serena Preston la semana que viene. Está buscando dinero para poner en marcha un servicio de helicópteros. Quade se va a aventurar conmigo. Queremos abrir varias sedes por todo el país. De hecho, estamos hablando con Rico Clairbone para que se una a nosotros.

Rico era un reputado investigador privado. Su hermana Jessica se había casado con un primo de Cole, Chase, y la otra hermana de Rico, Savannah, se había casado con Durango. Con esos lazos presentes, Rico era como uno más de la familia.

—Vaya, vas a estar muy ocupado.

—Eso espero —dijo Cole.

Pero la verdadera razón era que trabajar mucho lo ayudaría a olvidar a Patrina. Cielos, la echaba de menos.

Cole se recostó en el respaldo de la silla y recordó de nuevo a Patrina, de pie en la puerta de su casa, mientras el sol iluminaba su rostro y el deseo la consumía por dentro. Tenía que dejar de pensar en ella.

Aquello no llevaba a ningún lado.

— ¿Cuánto tiempo te vas a quedar con nosotros hasta que subas a ver a papá a la montaña? —preguntó su hermana.

—No lo he decidido todavía. Probablemente un par de días. Espero que no sea una molestia para vosotros, no quisiera...

—No digas tonterías —lo interrumpió McKinnon— Es maravilloso tenerte aquí. Además, quiero enseñarte los caballos que nos envió Clint. Son increíbles

Aquella noche, pasadas las nueve. Cole, tendido en la cama, no podía hacer otra cosa que pensar en Patrina, en la noche que habían compartido.

Incapaz de luchar contra la melancolía, cerró los ojos y dejó que los

recuerdos lo invadieran. Su mente se llenó de imágenes de ambos besándose, abrazándose, haciendo el amor durante horas, deseándose cada vez más.

Era improbable que sus vidas volvieran a cruzarse con tanta intensidad.

¿Por qué, entonces, no era capaz de olvidarla?

¿Por qué no podía dejar de pensar en ella?

Tal vez pasar unos días con su padre en la montaña, aislado de todo el mundo, lo ayudara a conseguirlo.

Estaba perdido en esos pensamientos cuando, de pronto, su teléfono móvil sonó.

— ¿Hola? —respondió impaciente.

—Cole, soy Quade. ¿Estás ya en Montana?

—Si, en casa de Casey y McKinnon. Llegué esta mañana —dijo Cole, y, en el fondo, era casi la verdad.

—Voy a tomar un vuelo desde Washington a finales de esta semana para reunirme con vosotros. ¿Se sabe algo de lo de Rico?

—No, pero McKinnon mencionó que está por aquí visitando a Durango y Savannah. Parece que ha habido una tormenta que ha tenido a todo el mundo aislado.

—Tal vez deberíamos pensar bien todo este proyecto de los helicópteros. Con el tiempo que hace por allí, muchos días no podremos salir.

—Sí, pero piensa en el dinero que podemos ganar cuando sí podamos hacerlo —dijo Cole, que había estudiado aquel negocio a fondo y estaba completamente seguro de que sería un éxito—. Compensará con creces

—Te recordaré estas palabras cuando estemos a treinta bajo cero, reunidos delante de una chimenea y esperando a que escampe para poder salir —bromeó Quade.

Siguieron hablando durante algunos minutos. Cole bendijo a su primo en secreto por haberlo llamado. Mantenerse ocupado, pensando en cosas, lo ayudaba a no pensar en ella.

Pero, en cuanto Quade colgó, todo regresó con más fuerza

Le esperaba una noche muy larga.

Eran más de las once y Patrina seguía dando vueltas en la cama sin poder dormir.

Había intentado mantenerse ocupada todo el día para no pensar. Pero, al llegar la noche, los recuerdos se habían apoderado de ella.

Unos recuerdos que sólo tenían un nombre.

Cole.

Cada vez que había intentado cerrarlos ojos, se había encontrado con él, besándola, llenándola del placer más intenso que había sentido

en su vida, haciendo que se olvidara de todo, poseyéndola completamente.

Nerviosa, se levantó de la cama y miró por la ventana. Allí estaba la luna, la luna de la que le había hablado Cole.

«Las lunas de abril son símbolo de la fertilidad. Nos invitan a liberar nuestros deseos».

Inconscientemente, Patrina se llevó la mano al vientre.

Símbolo de fertilidad.

Liberar nuestros deseos.

¿Había querido el destino unirla a Cole para concebir un niño?

Si realmente estaba embarazada, la extraña profecía de Cole se habría hecho realidad y habrían liberado sus deseos para engendrar un hijo. Aunque, en realidad, ese hijo no sería fruto del amor, sino del deseo.

Los ojos de Patrina se llenaron de lágrimas al recordar los meses que habían sucedido a la muerte de su marido.

¿Cuántas veces se había lamentado entonces de no haberse quedado embarazada de él antes? De haberlo hecho, al menos una parte de él habría perdurado.

Patrina cerró los ojos, pero no fue el rostro de Perry el que vio, sino el de Cole.

Mordiéndose el labio inferior, recordó la promesa que se había hecho a sí misma de no volver a tener nada que ver con un agente de la ley. Estaba dispuesta a cumplirla. En caso de que a Cole le sucediera lo mismo que a su marido, no podría superarlo nunca.

Abriendo los ojos, miró a la luna y se juró a sí misma que no permitiría que Cole se hiciera dueño de su corazón.

Capítulo Nueve

— ¿Por qué demonios nos ha caído este encarguito? —preguntó Cole a su primo Quade con la lista de la compra en la mano mientras ambos salían de la furgoneta.

—Porque es el día libre de Henrietta —dijo su primo encaminándose hacia el supermercado—. Además, no fuimos tan listos como McKinnon, que se escaqueó en cuanto se lo olió. Vamos, Casey es tu hermana —añadió entrando por la puerta—. Antes o después íbamos a tener que arrimar el hombro.

—Lo sé, pero no me apetece nada —se quejó Cole tomando un carrito y repasando la lista.

—Oye, ¿no es ésa Patrina Foreman? ¿La que está en la sección de congelados?

Cole miró en la dirección que indicaba Quade.

Efectivamente, era ella.

Estaba de espaldas, pero la podría haber reconocido a kilómetros de distancia.

Su cuerpo había reaccionado en el acto, como si ella tuviera un imán que lo atrajera, como si no hubiera pasado una semana desde la última vez que se habían visto, como si...

— ¡Eh! ¿Pasa algo? —preguntó Quade

Cole lo miró incómodo, como si lo hubieran pillado desprevenido.

—Nada, ¿por qué? —dijo Cole para disimular.

—Pues porque te he preguntado ya tres veces que me leas la lista y tú no me has hecho ni caso. Te has quedado embobado mirando a Patrina —dijo Quade sonriendo—. ¿Qué pasa? ¿Te interesa esa mujer?

—No —contestó Cole forzado.

—Esa negativa me suena más a evasiva que a otra cosa.

Pero Cole no lo estaba escuchando

Estaba avanzando hacia ella.

Como si una fuerza misteriosa lo impulsara.

—No veo que haya nada de la sección de congelados en la lista —apuntó Quade.

Cole se dio la vuelta para responder a su primo y estuvo a punto de derribar una estantería entera.

—A ver si te fijas un poco por dónde vas —bromeó su primo.

Iba a responderle con alguna frase que zanjara el asunto cuando, de pronto, Patrina se dio la vuelta.

—Hola, Patrina —dijo Cole.

Por la expresión de su rostro, parecía tan sorprendida como él.

¿Era eso bueno o malo?

¿Habría pasado las noches de aquella semana en vela como él?

Estaba a menos de cinco metros de distancia, pero podía distinguir el perfume de ella entre todos los olores del lugar. Llevaba un bata larga y blanca de enfermera y unos pantalones oscuros. Hasta con aquel uniforme estaba increíblemente atractiva.

—Hola, Cole —dijo ella—. Hola, Quade —añadió desviando la mirada enseguida hacia su primo.

—Trina, ¿cómo estás? —le preguntó Quade mirándolos a los dos—. Vaya, no sabía que os conocíais.

—Sí, fue en la fiesta de Casey del año pasado.

—Ah, ya recuerdo —dijo Quade como insinuando que no se lo creía del todo.

— ¿Por qué no te das una vuelta y empiezas a bus- car las cosas de la lista? —le pidió Cole a su primo.

—Claro —accedió él—. Trina, ¿vas a venir a la fiesta de cumpleaños del tío Corey este fin de semana?

—Sí, había pensando pasarme un rato.

—Fantástico —dijo Quade—. Pues allí nos veremos. Hasta luego.

—Hasta luego, Quade.

En cuanto se quedaron solos. Cole sintió como la atracción entre ambos volvía a aparecer. Hasta el aire parecía haber cambiado.

—Estuve hablando con Casey la semana pasada —empezó Patrina —. Me dijo que habías llegado por sorpresa y que estas pasando unos días en la montaña, con Corey.

—Sí, estuve allí un par de días. ¿Cómo estás, Patrina?

—Bien —respondió ella mirándolo con sus intensos ojos

—¿Tienes algo que decirme?—preguntó Cole suave- mente, esperando que Patrina supiera a qué se refería.

—No —respondió ella inmediatamente.

¿Qué había querido decirle?

¿Que todavía era muy pronto para saberlo o que ya estaba segura de no estar embarazada?

— ¿Cómo estás tú, Cole?

— ¿Quieres saber la verdad? —preguntó él casi susurrando.

—No, no aquí —respondió ella nerviosa

—De acuerdo. ¿Dónde? Dime dónde.

Patrina se pasó la lengua por los labios para humedecerlos y Cole, al verlo, sintió una corriente eléctrica por todo su cuerpo.

¿Es que no sabía el efecto que producían en él cosas como ésa?

¿No podía tener su lengua dentro de la boca?

Lo estaba volviendo loco.

¿Se había dado cuenta Patrina de cómo estaba él? Para él era evidente.

¿Lo habría percibido Quade?

Al no recibir ninguna respuesta de Patrina, Cole abrió la puerta de

unos de los armarios de congelados y, tomando una bolsa para disimular, se acercó a ella.

—Te deseo.

Sintió que ella se estremecía. No podía ser por el frío emitido por el armario que acababa de abrir. Habían sido sus palabras. No cabía la menor duda.

—Ya tuviste lo que querías.

—Quiero estar contigo otra vez.

Y para estar seguro de que ella le había entendido bien, cerró la puerta y la miró a los ojos.

—Te deseo, Patrina. Quiero volver a estar contigo.

Patrina percibió la determinación en los ojos de Cole. Ella también lo deseaba, lo deseaba desesperadamente, pero si iba a cumplir lo que se había prometido a sí misma, estaba claro qué debía hacer.

No lamentaba nada de lo que había ocurrido entre ellos, pero no podía dejar que volviera a repetirse. Llevaba toda la semana sin dormir, pensando en él a todas horas. Si dejaba que volviera a entrar en su vida, ¿qué sería de ella cuando Cole regresara a Texas?

No podía obsesionarse con él. La mayoría de los hombres eran capaces de sustituir una mujer por otra con bastante facilidad, pero ella era incapaz.

Su cuerpo lo deseaba a él.

Sólo a él.

— ¿Patrina?

Tenía que ser fuerte. Debía ignorar tas señales de emergencia que te estaba enviando su cuerpo y hacer frente a la situación con sensatez.

—No, no creo que sea buena idea—dijo al fin en voz baja para que nadie la oyera.

Ya estaba, ya lo había dicho. Lo había conseguido. Sólo quedaba salir de allí enseguida, con cualquier pretexto.

— ¡Vaya! ¡Qué tarde! —exclamó mirando su reloj— Tengo que irme. Cole. Ha sido un placer haber hablado contigo. Saluda a Casey ya McKinnon de mi parte.

Y, sin mirarlo, tomó su carrito y se alejó deprisa, dejando a Cole en la sección de congelados. Caminó hacia las cajas registradoras sintiendo la mirada incendiada de Cole en su espalda. Algo dentro de ella le estaba pidiendo que se diese la vuelta, ir hacia él e invitarlo a que pasara la noche con ella. Pero no debía hacerlo.

Una vez que la dependienta le hubo cobrado e introducido la compra en varias bolsas, Patrina se dio le vuelta.

Cole ya no estaba.

Pero algo le decía que volvería a verlo. Que Cole Westmoreland

era un hombre que siempre conseguía lo que se proponía.

—Bueno, ¿me vas contar qué pasa entre vosotros dos?

— ¿Por qué tiene que pasar algo? —dijo Cole introduciendo la llave en el contacto de la furgoneta y arrancando el vehículo.

— ¿Has olvidado que me he pasado varios años trabajando para la CÍA? Estoy acostumbrado a fijarme en cosas que para los demás no son importantes. Además, la temperatura entre vosotros era tan alta que por un momento temí por las pobres bolsas de congelados

—Creo que le estas echando demasiada imaginación.

—Prefiero que me digas que no es asunto mío a que insultes mi inteligencia.

Al llegar al primer semáforo en rojo. Cole detuvo la furgoneta y miró a su primo. Quade tenía treinta y cuatro anos, dos más que él, y era la primera persona a la que Clint y él habían acudido en busca del padre de ambos. Por aquel entonces, Quade vivía en Austin y, aunque al principio le había extrañado el interés de Cole y Clint por su tío Corey, al escuchar las sospechas se había lanzado a ayudarlos. Había sido él quién les había presentado a Corey Westmoreland, el padre que siempre habían dado por muerto. Después de aquello, los tres habían establecido unos lazos que iban más allá de lo familiar.

No estaba dispuesto a contarle toda la historia, pero, al menos, ya que su primo sospechaba algo, podía contarle algo, lo suficiente para que se diera por satisfecho.

—Patrina y yo nos sentimos atraídos el uno por el otro —dijo arrancando de nuevo cuando el semáforo cambió a verde— Nos dimos cuenta desde la fiesta de Casey el año pasado.

—Cuéntame algo que no sepa —le espetó Quade.

—No quiere tener nada que ver con ningún agente de la ley.

—La última vez que hablé con Trina me dijo que no quería tener nada que ver con ningún hombre, fuera agente de la ley o no.

Cole lanzó a su primo una mirada gélida.

— ¿Quieres hacerme el favor de mirar hacia delante?—le pidió Quade—.Trina y yo sólo somos amigos. Así ha sido siempre. La conozco desde que éramos niños. La veía todos los veranos en casa del tío Corey. Nos juntábamos su hermano Dale, McKinnon, ella y yo.

Cole pensó en los veranos que se habían perdido Clint, Casey y él, veranos lejos de sus primos, de su padre, de toda la familia, por la mentira que les había contado su madre.

— ¿Por qué no le has dicho que no eres ranger? —preguntó su primo.

—Porque lo que yo haga o deje de hacer para vivir no debería importar

—Importa, y lo sabes ¿No puedes entender que ella sienta rechazo

hacia ese tipo de trabajo después de lo que le pasó a su marido?

—No, no lo entiendo. Hace más de tres años que sucedió. Debería seguir con su vida. Es una mujer especial con mucho que ofrecer. Pero se empeña en mantenerse alejada de cualquier hombre que se acerque a ella.

— ¿Y eso a ti qué te importa? ¿Es que sientes algo por ella además de una intensa atracción?

A Cole no le gustó nada la insinuación de su primo Podía ser el primero en admitir que, mientras habían estado haciendo el amor, había creído sentir cosas por ella que nunca había experimentado con ninguna otra mujer. Estaba dispuesto a aceptar, incluso, que desde entonces no había podido dejar de pensar en ella, de recordar cada uno de los minutos que había pasado bajo el techo de su casa. Pero, ¿qué significaba todo eso?

— ¿Cole?

—No es más que atracción física —contestó—. Nada más. No estoy buscando una relación seria ni nada que se le parezca, ya me conoces. Me gusta ser un solitario. Nunca me he planteado casarme ni nada por el estilo.

—A mí me pasa lo mismo A no ser que...

— ¿A no ser que qué? —preguntó Cole sorprendido deteniéndose en otro semáforo en rojo.

—A no ser que volviera a encontrarme con una mujer que conocí en Egipto hace unos meses —confesó Quade— Estuve allí unos días para reconocer el terreno antes de la visita del presidente. Una noche que no podía dormir, bajé a dar un paseo por la playa y la conocí.

— ¿Una egipcia?

—No, norteamericana.

No hacía falta que dijera nada. Era evidente que la mujer y su primo se habían acostado aquella noche.

— ¿Le pediste su número de teléfono? —preguntó Cole intentando ser lo más discreto posible.

—Cuando me desperté a la mañana siguiente, se había ido. El presidente llegaba ese mismo día, así que no tuve tiempo para buscarla. Pero puedo decirte que nunca, mientras viva, podré olvidarla.

Cole asintió levemente. Sabía perfectamente a qué se refería Quade. Tampoco él podría olvidar jamás lo que había vivido con Patrina.

La conversación con su primo lo había decidido. No podía dejar que las cosas terminaran así. Tenía que verla.

Lo había rechazado en el supermercado, pero no volvería a hacerlo.

Tenía que intentarlo.

Patrina se detuvo en el semáforo y, mirándose en el espejo retrovisor, se pasó la mano por el cuello con un gesto de abatimiento.

Había estado trabajando todo el día sin descanso. Primero ocho horas en su consulta, después otras ocho horas en la clínica. No había pretendido pasar canto tiempo allí, pero no había tenido elección. Varias mujeres habían acudido de urgencia. La clínica estaba tan falta de recursos que sólo el esfuerzo de todos los voluntarios podía compensarlo.

Sin embargo, había sido un alivio mantenerse ocupada. Eso la había ayudado a no pensar en él. Mientras esperaba a que el semáforo se pusiera de nuevo en verde, el rostro de Cole en el supermercado se introdujo sin permiso en su mente.

Encontrarse con él allí había sido una increíble casualidad. Había ido hasta allí para ayudar a la señora Charles. La pobre mujer, que había sido amiga íntima de su abuela, estaba sola a sus ochenta años sin nadie que se ocupara de ella. Siempre que podía, Patrina le echaba una mano.

¿Por qué las cosas tenían que ser tan complicadas? ¿Por qué había tenido que encontrarse con él? Había tenido que emplear toda su fuerza de voluntad para negarse a los deseos de Cole. Aunque, en realidad, también eran los suyos.

Le había contestado a su pregunta sobre el posible embarazo con toda sinceridad. Todavía era muy pronto para saberlo. Tal vez la semana siguiente empezara a sentir las primeras náuseas...

Patrina se inclinó sobre el asiento del copiloto, abrió la guantera, sacó un disco y lo puso. Un poco de Miles Jaye y su voz cálida la ayudaría a tranquilizarse.

Al rato, cuando aún le quedaban varios kilómetros para llegar a casa, cambió la música. Miles le estaba relajando demasiado. Además, le recordaba las incontables noches que había pasado sola en su casa, anhelando el abrazo de un hombre. ¿Por qué aquellas canciones, que tantas veces había escuchado, le hacían pensar en Cole, en la noche que habían pasado juntos haciendo el amor?

Estaba tan perdida en sus pensamientos que tardó en darse cuenta, al aparcar en frente de su casa, de que había un coche cerca del suyo con las luces apagadas.

Al iluminarlo con las suyas, Patrina reconoció el coche que Cole había alquilado.

El corazón le dio un vuelco

¿Qué hacía él allí a medianoche?

Entonces, recordó las palabras que le había dicho en el supermercado.

«Te deseo, Patrina. Quiero volver a estar contigo».

Se reclinó en el asiento sintiendo que el cinturón de seguridad la oprimía. Quería liberarse. Lo necesitaba.

En la oscuridad, Patrina distinguió a Cole salir de su coche, cerrar la puerta y apoyarse como esperándola.

¿Cómo iba a actuar?

¿Iba a quedarse toda la noche metida en su coche?

¿Qué iba a hacer con el fuego que tenia por todo su cuerpo, con el volcán que aguardaba entre sus piernas a que él lo sofocara?

Quitando la llave del contacto, Patrina tomó el bolso y abrió la puerta del coche. Enseguida, Cole se acercó a ella y le ofreció su mano para ayudarla a salir.

— ¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Patrina pensando que debía de estar hecha un desastre después de haber estado trabajando todo el día.

—Esta mañana no pudimos terminar de hablar. Pensé que sería buena idea pasarme por aquí.

—Pues pensaste mal. Llevo trabajando desde las seis de la mañana, y...

— ¿Por qué?

— ¿Cómo que por qué?

— ¿Por qué llegas a casa tan tarde?

—No es que sea de tu incumbencia, pero he estado atendiendo pacientes en la consulta y luego he tenido que ir a la clínica ocho horas más. Cuando esta mañana nos encontramos en el supermercado, fue porque había ido a comprar algunas cosas para Lila Charles. Era una buena amiga de mi abuela y ahora está sola en la vida. No tiene a nadie, y es muy mayor.

Cole seguía con la mano extendida para ayudarla a salir del coche. Convencida de que aceptarla no la comprometería a nada, Patrina extendió la suya hasta tomar la de Cole.

Pero, en cuanto su piel rozó la de él, todo cambió. Su cuerpo empezó a revolucionarse, sus ojos lo miraron con deseo, su corazón empezó a latir violentamente.

—Estoy cansada —murmuró.

—Claro que lo estás, corazón —susurró él en tono cariñoso.

Estaba intentando digerir la forma que había utilizado para referirse a ella cuando, sin darle tiempo, Cole la atrajo hacia él, le pasó la mano por el cuello y la besó.

El cansancio que la había atenazado durante el viaje de vuelta desapareció de repente. Lo único que sabía era que él la estaba besando, que sus labios seguían provocando en ella un cúmulo de emociones desatadas.

Y, mientras estaba deleitándose con su lengua. Cole la tomó en brazos y cerró la puerta del coche de un golpe.

—Bájame, por favor, peso mucho

—Ya te dije que es mentira, que no pesas nada —sonrió él dulcemente.

Exhausta por el cansancio y por el efecto del beso, Patrina renunció a luchar y hundió el rostro en el pecho de Cole.

—Patrina, por favor, abre la puerta.

Buscando a tientas en su bolso, acertó a sacar las llaves, las introdujo en la cerradura y abrió la puerta. Inmediatamente, el calor de la casa la llenó de tranquilidad y seguridad.

Cole entró y, en lugar de soltarla, se dirigió al dormitorio de ella.

—Espera un momento. ¿Crees que puedes entrar así en mi casa, llevarme a la cama y acostarte conmigo?

—No estoy aquí por eso, Patrina —dijo tendiéndola en la cama—. He venido a hablar contigo, pero estas demasiado cansada, así que cambiaré los planes y haré otra cosa por ti.

Cole entró en el baño y, a los pocos segundos, Patrina oyó el rumor del agua.

—El baño estará listo enseguida —dijo él desde la puerta del dormitorio—. Te doy cinco minutos para quitarte la ropa. Si vuelvo y sigues vestida, yo mismo haré los honores —añadió desapareciendo de nuevo en el baño.

Patrina se quedó perpleja.

Pero, entonces, se dio cuenta de que ningún hombre había hecho algo así por ella, prepararle un baño y ordenarle que se desnudara.

¿Por qué no aprovecharlo? Dándose prisa, se quitó la ropa y se puso un albornoz

Se estaba atando el nudo a la cintura cuando Cole entró de nuevo y observó su ropa tendida sobre la cama.

— ¿Preparada?

—Sí.

Acercándose a ella, Cole volvió a tomarla en brazos, se dio la vuelta y entró en el cuarto de baño

—Si sigues haciendo estas cosas, vas a acabar por hacerte daño.

—Descuida.

Sin darle tiempo. Cole la depositó suavemente dentro de la bañera al tiempo que le quitaba el albornoz. Patrina sintió el agua cálida por su piel y emitió un suspiro de felicidad. El albornoz se había mojado, Cole había usado demasiadas sales, pero le daba lo mismo. Aquel era un momento único.

—Cuando quieras salir, avísame.

—Puedo salir yo sola —dijo mirándolo.

—Ya sé que puedes, sólo te he pedido que me avises para poder ayudarte.

Cuando Cole salió, Patrina cerró los ojos. Disfrutaría del baño un

rato y luego, sin decirle nada, se secaría y saldría por sí misma. Pero antes de eso, necesitaba descansar

Había pasado ya un rato, y Patrina no salía. Cole había ordenado un poco el dormitorio, sintiendo el perfume de ella por todas partes. Intentando no desconcentrarse, abrió la puerta del baño y vio que se había quedado dormida

Tomando una toalla, se acercó a ella y, alzándola suavemente, la tomó en brazos y la arropó con dulzura.

—No, Cole —murmuró ella al volver en sí— Puedo hacerlo yo misma. No hace falta que tú...

—Lo sé, corazón. Pero déjame ayudarte aunque sólo sea por esta noche, ¿vale? —dijo él suavemente.

Patrina pareció tranquilizarse.

Mientras le secaba el pelo, Cole se preguntó si sería muy habitual que trabajara tanto. Recordó lo que había dicho su hermana Casey acerca del trabajo de Patrina por la comunidad y su nominación a los premios Eve. Desde luego, se merecía el premio. Pero, si alguien no se preocupaba por ella, antes o después acabaría derrumbándose de agotamiento.

Cole la puso de pie y empezó a secarle el cuerpo. Al llegar a los pechos, Patrina se los tapó con las manos en un gesto instintivo.

—Venga, corazón, después de la noche que pasamos, ¿vas a taparte?

Patrina le hizo caso y Cole empezó a secar con la toalla cada rincón de su cuerpo. Aunque ya conocía su cuerpo, eso no hacía que su excitación no estuviera aumentando poco a poco. Quería tirar la toalla y secarla con sus propias manos.

De repente. Cole recordó la razón de su presencia allí y, mientras la secaba de rodillas las piernas, extendió la mano para tocarle el vientre.

—Es demasiado pronto, te prometo que, en cuanto sepa algo, serás el primero en saberlo.

Cole asintió satisfecho.

Una vez seca, Cole volvió a tomarla en brazos y la sentó a los pies de la cama.

— ¿Has disfrutado del baño?—le preguntó preparando las sábanas.

—Mucho, gracias.

—De nada, corazón. Adelante, ya está lista. Patrina obedeció y se metió en la cama. — ¿Hay algo más que pueda hacer por ti?

—Ya has hecho bastante.

Tomando de la mesilla de noche el libro que Patrina había empezado a leer durante los días que habían estado juntos, Cole se sentó en la silla junto a ella.

— ¿No vas a irte?

—No hasta que estés dormida.

— ¿Dónde le has dicho a tu hermana que ibas esta noche? Es casi la una de la madrugada.

—Cree que estoy en casa de Durango jugando a las cartas con él y con Quade.

— ¿Y si le da por...?

—No te preocupes —la interrumpió él delicadamente—. No lo hará. Además, ¿qué importaría si lo hiciera?

—Nada. Mantener esto en secreto fue idea tuya, no mía. Además, si me quedo embarazada, todo el mundo querrá saber cómo ha sucedido.

—No te preocupes por nada, lo tengo todo bajo control.

Patrina se removió en la cama, se abrazó a la almohada y cerró los ojos. Cole se quedó allí mirándola desde la silla, deseando acostarse con ella, deseando abrazarla, besarla y hacerla suya de nuevo toda la noche.

Y, entonces, se dio cuenta de que había algo en su interior además de atracción.

¿Que era aquello?

¿Qué significaban las emociones que estaba sintiendo?

No era posible…

Cole la miró y comprobó por su respiración que se había quedado dormida. Era hora de irse, pero era incapaz de moverse de aquella silla. No podía dejar de mirarla. Pero, cuanto más la miraba, aquellas extrañas emociones se hacían más y más evidentes.

Y no le gustaba.

No le gustaba lo que le estaba sucediendo.

Capítulo Diez

—Buenos días, doctora Foreman.

Patrina sonrió a Tammie Rodhes, la pizpireta recepcionista de su consulta que, con sólo veinte años, trabajaba a jornada completa para poder pagarse sus estudios nocturnos en la universidad

—Buenos días, Tammie. ¿Cómo estás esta mañana?

—Muy bien, gracias. Hoy tiene una agenda muy apretada Además, ha llamado el marido de Ellen Cranston. Dice que está empezando a sentir dolores.

— ¿Seguro que no es otra cosa? —preguntó Patrina mientras se ponía la bata blanca.

El parto de Ellen Cranston no estaba programado hasta dos meses después. La última vez que el marido de Ellen las había llamado alarmado por los dolores que sentía su mujer, se había tratado de una falsa alarma.

—Ya se lo pregunte pero, como insistió tanto, le dije que podía pasarse por la consulta para que se quedara tranquilo.

Patrina asintió y entró en su despacho El primer paciente llegaría en una hora. Eso le daría tiempo para tomarse un café tranquila y pensar en lo que había sucedido con Cole la noche anterior. Todavía le parecía increíble todo lo que había hecho por ella, esperarla en la puerta de su casa hasta la medianoche, prepararle un baño para que se relajara, prepararle la cama, velarla hasta que la venciera el sueño...

Había dormido como un bebé. Al despertarse y descubrir que Cole se había ido, tal y como había prometido, había tenido la sensación de haberlo soñado todo. Y lo habría seguido creyendo toda la mañana de no haber sido por la breve nota que había encontrado en la encimera de la cocina: *Nos vemos luego*

¿Qué significaba eso?

¿Iba a esperarla otra vez en la puerta de su casa hasta que llegara?

—Doctora Foreman, se me olvidó decirle que también llamó alguien. Dijo que era personal.

Patrina se dio la vuelta y vio a la recepcionista en la puerta de su despacho

— ¿Dijo su nombre?

—Sí, Cole Westmoreland.

— ¿Dejó algún mensaje? —preguntó Patrina percibiendo el morboso interés de Tammie.

—Sí, dijo que quería quedar con usted para comer juntos

—No suelo comer mucho durante el día —apuntó Patrina

Frunciendo el ceño.

—Eso fue lo que dijo.

— ¿Algo más?

—Sí, que se pasaría por aquí hoy a mediodía.

Patrina disimuló su nerviosismo ante la recepcionista mientras se preguntaba de dónde había sacado Cole la idea de que podía entrar y salir de su vida cuando se le antojara.

— ¿No es el primo de Durargo Westmoreland? ¿Uno de los hijos de Corey Westmoreland?

—Sí —respondió Patrina fríamente.

La pregunta de Tammie no era nada extraña. Tanto Durango como Corey eran muy conocidos en la ciudad. Antes de casarse con Savannah, Durango había sido muy popular entre tas chicas solteras. Corey por su parte, era un ciudadano respetado y su opinión, muy valorada Todos sabían que vivía en lo alto de la montaña y conocían con todo lujo de detalles cómo había descubierto que había tenido tres hijos treinta años atrás.

—He oído decir que ese Cole Westmoreland es muy atractivo.

— ¿Cómo dices? —preguntó Patrina perdida en sus pensamientos.

—Decía... que me han contado que Cole y su hermano, Clint, son muy, muy atractivos.

«Ni te lo imaginas», pensó Patrina.

—Sí, lo son —dijo—. Pero, ¿no son demasiado mayores para ti? Además, creo que Clint Westmoreland está casado.

—Se lo oí decir a mi hermana Gloria, mientras hablaba con una amiga suya —sonrió Tammie—. Trabaja en una tienda de ropa y los conoció el año pasado. Parece que fueron allí para alquilar dos esmóquines para la boda de su hermana Casey

—Bueno, en cualquier caso, si el señor Westmoreland vuelve a llamar, por favor, dile que hoy estoy muy ocupada y que no podré comer con él

—Me dijo que no volvería a llamar. Que le dijera, simplemente, que estuviera preparada a la una de la tarde

Contrariada, Patrina asintió para darle las gracias a la recepcionista por la información. Cuando al fin se quedó sola, Patrina se recostó en el asiento.

Cole no se iba a dar por vencido. Había sido muy amable la noche anterior, pero el ave de presa que había dentro de él había regresado con más hambre que nunca.

—La próxima vez que me utilices como excusa, al menos hazme el favor de avisarme —le dijo Durango a su primo Cole mientras desmontaban de los caballos que habían usado para dar una vuelta por el rancho.

— ¿A qué te refieres? —preguntó Cole frunciendo el ceño

—Casey vino esta mañana a visitar a Savannah e hizo un comentario acerca de una partida de cartas —comentó Durango—. Dijo que habías vuelto a las tantas de la mañana y que habías estado conmigo. Afortunadamente, ayer por la noche Savannah se fue pronto a la cama y Quade y yo nos quedamos hablando. Como mí mujer no podía saber sí llegaste después de quedarse dormida o no, te pude cubrir.

—Gracias—sonrió Cole

— ¿Qué te traes entre manos? Quade dijo que tenía una vaga idea de dónde podías estar, pero no soltó prenda.

—Muchas gracias, de verdad. Por el momento, voy a necesitar algo de ayuda para que me cubras de vez en cuando. No sé cuánto durará

— ¿Te has liado con alguna mujer? Al menos, espero que no esté casada.

—No, no lo está

—Gracias a Dios

—Mira quién fue a hablar—dijo Cole sonriendo—. ¿Te has olvidado ya de que todos conocemos aquella historia sobre McKinnon y tú?

Durango, que era hermano de Quade y tres años mayor que Cole, era el segundo primo que habían conocido Clint y Cole. Al llegar a Montana, había sido él quien había ido a buscarlos al aeropuerto. Los había hospedado en su casa y los había acompañado a casa de Corey. Una vez allí, Clint y Cole habían conocido al padre que los había engendrado. Además, por casualidad, habían conocido a otro primo, Stone, a la joven con la que éste último se casaría algunos meses después, Madison, y a la madre de la chica, Abby, la mujer que había ocupado el corazón de Corey durante los treinta años que habían pasado sin él

—Dice Casey que ya está todo prácticamente listo para la fiesta —dijo Cole para cambiar de tema.

—Sí, ya me lo ha dicho —dijo Durango consciente de la evasiva de su primo—. Savannah ya está temblando sólo de pensar en la cantidad de Westmoreland que se le vienen encima. Como hubo algunos que no pudieron ir a la boda de Clint, no hemos vuelto a reunimos todos desde la boda de tu hermana. Por cierto, todavía no me puedo creer que tu hermano se haya casado.

—Pues créetelo, está felizmente casado.

—Conozco la sensación.

Cole miró a su primo y observó en sus ojos que decía la verdad. Bastaba con estar con él y con Savannah un par de minutos para darse cuenta.

—McKinnon y yo hemos quedado luego para ir a comer al

Watering Hole —dijo Durango—. ¿Quieres venir?

—Gracias por la invitación, pero ya tengo planes —contestó Cole guiñándole un ojo.

Patrina sonrió al ver los resultados de la prueba de ultrasonido que le había hecho a Ellen Cranston.

Habían llegado a media mañana nerviosos por los dolores que estaba sufriendo ella en el vientre. Habían estado cinco años intentando que Ellen se quedara embarazada y, cuando al final lo habían conseguido, los nueve meses se estaban convirtiendo para ellos en un calvario de sospechas y preocupaciones. Pero los resultados eran esclarecedores. No iba a tener un hijo, iba a tener dos, mellizos. Un niño y una niña. La posición del pequeño no había dejado ver hasta ese momento a la chiquitina que también estaban esperando.

Sabía que los Cranston iban a recibir la noticia con entusiasmo. No podía esperar a decírselo. Contenta, Patrina tomó el teléfono y marcó el número de la pareja.

Diez minutos después, Patrina apoyó la espalda en su silla y sonrió. La feliz pareja se había alegrado tanto que habían empezado a llorar por teléfono.

Inconscientemente, Patrina se llevó la mano al estómago.

¿Y si estaba embarazada?

Tener un bebé la llenaría de alegría tanto como a ellos. En ese momento, ya existían formas para saber si lo estaba o no Pero quería esperar. Si la semana siguiente no tenía la menstruación, sería una prueba definitiva.

—Doctora Foreman, el señor Westmoreland ha llegado —dijo de pronto la recepcionista a través del intercomunicador

—Por favor, dígale que pase —respondió Patrina levantándose.

Tan pronto como dejó de pulsar el botón, Cole apareció en la puerta, entró en su despacho y la cerró detrás de él.

—Aquí estoy —dijo con una voz irresistiblemente seductora.

Con la espalda apoyada en la puerta del despacho de Patrina, Cole la miró y comprobó que estaba tan hermosa como siempre. Su boca estaba pidiendo que la besara, que la saboreara durante horas.

—Hola, Cole.

—Hola, Patrina.

— ¿Dormiste bien anoche? —preguntó él acercándose.

—Sí, gracias por preguntar. Y gracias por todo lo que hiciste

—Prefiero que me lo agradezcas así —dijo tomándola por la cintura

Sin pedir permiso, Cole la besó.

En cuanto sus labios se tocaron, ambos emitieron un suspiro de

alivio, como si algo dentro de ellos se hubiera liberado al mismo tiempo.

Sin la menor resistencia, Patrina lo rodeó con sus brazos y se acercó a él para sentirlo aún más cerca

Separando los labios suavemente de los suyos, Cole la miró sin dejar de abrazarla.

—Lo necesitaba.

—Y yo.

Cole la miró sorprendido por la facilidad con la que ella había accedido a besarlo.

— ¿Vas a ir a la clínica cuando termines aquí?

—Sí, voy todos los días. Me necesitan.

«Yo también te necesito, y con más urgencia», pensó Cole

— ¿Cuánto te quedarás? —preguntó.

—El tiempo que haga falta.

—No estoy de acuerdo. Iré a buscarte a las ocho. Dame la dirección mientras comemos.

— ¿Perdón? —preguntó Patrina incapaz de dar crédito a su arrogancia.

—Te perdono sólo porque eres preciosa —bromeó Cole besándola de nuevo para que dejara de hablar.

Patrina miró el reloj y vio que acababan de dar las siete. No había tanto trabajo como el día anterior. Uno de los médicos se había ido a casa. Sólo quedaban ella y una persona de mantenimiento. Era una suerte, dada la perseverancia con la que Cole había insistido en ir a buscarla a las ocho.

Aunque aún le quedaba una hora para salir, decidió relajarse unos minutos tomándose un café después de decirle a la recepcionista del turno de noche, Julia, que podía llamarla en cualquier momento si pasaba algo.

Se puso el abrigo y, con la taza de café, salió a la terraza desde donde se divisaba una preciosa vista del lago. Apoyándose en la barandilla, pensó en la comida con Cole.

La había llevado a un restaurante cerca del hospital y, para ser sincera, se había divertido mucho. Él le había contado los preparativos de la fiesta de cumpleaños de su padre, que todos sus primos iban a acudir, incluso Delaney y Jamal, que habían tomado un vuelo desde Oriente Medio. Se había reído mucho con la historia que Cole le había contado sobre la cuna que su primo Thorn había comprado para su primogénito.

Después, la conversación se había puesto muy seria al preguntarte ella sobre su madre. Cole le había contado con tristeza en los ojos

cómo ella les había ocultado hasta el final, a él y a sus dos hermanos, la verdadera historia de su padre. Patrina reconoció para sí la elegancia de Cole cuando éste te dijo que, a pesar de todo, a pesar de los años y experiencias familiares que había perdido, no guardaba rencor a su madre por lo que había hecho

Sólo con oírle hablar, Patrina se había dado cuenta de la estrecha relación que lo había unido a su madre. Aquel hombre sabía lo que significaba perder a alguien, cambiar de ciudad, de vida... Era admirable. Aunque había algo que Patrina no estaba dispuesta a aceptar: su profesión. Se sentía incapaz de volver a tener una relación íntima con un agente de la ley.

Y es que, mientras él hablaba, Patrina se había dado cuenta de que se había enamorado de él.

Se había enamorado de él.

Sabía que Perry, en algún lugar, estaría sonriendo al saberlo, contento de que ella hubiera encontrado a otra persona para ser feliz de nuevo.

Pero no podía. Era imposible. No podría vivir con la incertidumbre diaria de no saber dónde estaría él. Con la incertidumbre de no saber si estaba vivo o muerto.

De todas formas, aquellos pensamientos eran absurdos, ya que Cole no estaba enamorado de ella. Lo único que podía hacer era superarlo.

Considerando que ya había pasado su tiempo de descanso, Patrina entró de nuevo y, al pasar por la mesa de Julia, la mujer la miro de una forma extraña.

— ¿Pasa algo, Julia?

Antes de que la recepcionista pudiera responder, Patrina sintió algo duro y frío presionando su espalda.

—No, doctora, no pasa nada —le susurró una tenebrosa voz masculina al oído—. Pero, ya que está usted aquí, ¿podría darme la llave del botiquín?

Intentando mantener la calma, se dio la vuelta lentamente y vio a un joven mirándola con ojos nerviosos.

No debía de tener más de veinte años.

— ¿Para qué la quiere? —preguntó suavemente.

—No se comporte como una estúpida. Ya sabe para qué. Necesito drogas.

Cole acababa de entrar en la clínica para ver por qué Patrina se estaba retrasando tanto cuando escuchó la voz del hombre.

Se detuvo en seco en el pasillo.

Asomándose discretamente, vio que un extraño amenazaba a Patrina y a otra mujer con una pistola.

Al momento sintió nervios, furia y miedo por Patrina. No conocía

el lugar, ni las salidas. No sabía nada de aquel edificio, pero debía pensar rápidamente y actuar con la cabeza fría.

Entonces, escuchó a Patrina decirle al hombre que ella no tenía la llave del botiquín. Tenía que hacer algo cuanto antes.

Sigilosamente, entró en varios despachos hasta encontrar una bata blanca de enfermero. Se la puso y se encaminó hacia ellos.

No debía entrar en escena abruptamente, eso podía ser fatal. De modo que empezó a silbar para que los tres pudieran escucharlo.

Respirando profundamente, dio la vuelta a la esquina v se encontró con Patrina y Julia mirándolo con los ojos como platos.

El hombre estaba nervioso.

Entonces, supo lo que tenía que hacer

Debía convencer al extraño de que él era el médico encargado de la clínica y que tenía la llave en su poder.

—Vaya, tenemos un nuevo paciente —dijo Cole haciéndose el tonto y acercándose a ellos con toda naturalidad.

—Váyase de aquí, medicucho —dijo el hombre apuntándolo con la pistola—. ¡Y vosotras, dadme la llave del botiquín ya! —exclamó volviéndose hacia ellas.

— ¡Ah! ¿Es eso lo que quieres? La tengo yo —dijo Cole.

— ¡Dámela! —exclamó el extraño volviéndose de nuevo hacia él.

—Por supuesto. No voy a discutir con un hombre que me apunta con una pistola —sonrió Cole llevándose la mano al bolsillo.

Cole sacó un llavero y se lo dio al joven

— ¿Te crees que soy idiota? ¡Estas son las llaves de un coche!

—No, te equivocas. Míralas mejor —dijo Cole.

Entonces, cuando el joven bajó la mirada para mirar el llavero, Cole lo atacó con toda su furia sin perder un instante, lo golpeó en la rodilla y consiguió que soltara el arma. A continuación, sin darle tiempo a reaccionar, Patrina lo golpeó en la espalda y él lo redujo tirándolo al suelo y dejándolo inconsciente

— ¡Llama a la policía! —exclamó Cole dirigiéndose a Julia y apartando la pistola de una patada—. ¿Quién te enseñó a pegar así? —añadió mirando a Patrina.

—Mi hermano Dale. Cuando Perry murió, mi hermano insistió en que aprendiera algunas técnicas básicas de defensa personal

Cole le dio las gracias secretamente a Dale por haber sido tan previsor con su hermana.

— ¿Estás bien? —preguntó Cole acercándose a ella.

—Sí, estoy bien, pero, ¡podría haberte matado!

—Tenía que correr el riesgo, debía protegerte.

Los dos se miraron como hipnotizados.

—La policía está en camino —interrumpió Julia.

—Estupendo. ¿Dónde diablos están los guardias de seguridad? —

protestó Cole.

—No tenemos —contestó Julia—. Tuvimos que prescindir de ellos hace meses. No nos llegaba el presupuesto.

Cole miró a la mujer sorprendido y furioso. ¿No había guardias de seguridad? ¿Ninguno? ¿Cómo era posible?

Pero no dijo nada.

Sólo había una solución, y estaba dispuesto a ponerla en práctica. Aquella clínica no volvería a estar desprotegida.

Nunca jamás mientras él viviera.

Cuando llegó la policía, arrestaron al joven y es- tuvieron varias horas reconociendo el lugar e interrogándolos.

Las declaraciones de Julia a los medios de comunicación que se habían congregado a las puertas de la clínica habían centrado la atención en Cole.

Se referían a él como un héroe.

La noticia salió en todos los informativos de la noche. Cole recibió llamadas de Casey, de Durango, de su padre... Todos querían saber si estaba bien, si le había pasado algo, cómo había ocurrido todo. A pesar del interés de toda su familia, sólo Casey lo acribilló a preguntas. Había escuchado en la televisión que se encontraba presente en la clínica porque había ido a buscar a la doctora Patrina Foreman. El esfuerzo que había puesto para que nadie supiera nada de su relación con ella se había desmoronado. A esas alturas, toda la ciudad, todo el Estado, se habría enterado ya de todo.

Horas después, en el coche de Patrina, Cole res- piró aliviado. No habían hablado mucho desde que había llegado la policía.

¿Qué estaría pensando ella?

Durante los interrogatorios, había tenido que sincerarse con la policía y decirles que había dejado de ser ranger hacía un mes. Patrina se había dado cuenta.

Lo había mirado fijamente, pero Cole no había conseguido descubrir lo que se escondía detrás de sus ojos.

Tenía que hablar con ella. Aquello no podía esperar más.

—Patrina, tenemos que hablar.

— ¿De qué? —preguntó ella secamente.

—De todo lo que ha pasado, de nosotros, de lo que quieras... Pero hablemos antes de llegar a tu casa, porque, cuando lo hagamos, lo último que querré será hablar.

Como si hubiera recibido un golpe en la cara, Patrina se giró hacia él con el rostro lleno de ira. Estaba realmente furiosa.

Cole dio las gracias por haber decidido ser él el que condujera. De lo contrario, quién sabía cómo habría reaccionado ella

— ¡Maldito arrogante! —exclamó Patrina—. ¿Todavía crees que

vas a entrar en mi casa para satisfacer tus deseos? ¿Quién te crees que eres? ¡Me has mentido! ¿Por qué no me dijiste que habías dejado de ser ranger? ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué has dejado que me atormentara durante semanas? ¿Por qué?

— ¿Se suponía que debía contártelo? —replicó Cole girando en el desvío que llevaba a casa de Patrina,

Al llegar, Cole detuvo el coche, apagó el motor y dejó las luces encendidas.

—Sabías perfectamente lo que estaba pensando. Sabías cómo me hacía sentir que fueras ranger.

—Lo que sientas sobre mi forma de ganarme la vida no me importa. Acostarme contigo, querer estar contigo no tiene nada que ver con eso. Diste por sentado que ése era mi trabajo y, a pesar de todo, hiciste el amor conmigo. Tu cabeza te decía una cosa, pero tu corazón decía otra muy distinta. Y después de pensarlo, llegué a la conclusión de que quien tenía la razón era tu corazón. Él era el que sabía la verdad.

—Podrías haber muerto esta noche —dijo Patrina mirándolo.

—Ese hombre te estaba apuntando con una pistola. Tú también podrías haber muerto —respondió Cole sintiendo que se le hacía un nudo en la garganta sólo de pensarlo— Podría haberte perdido.

Cole se quitó el cinturón de seguridad y se inclinó hacia ella.

—Y eso es algo que no voy a permitir. Nunca.

Patrina lo miró fijamente, intentando descubrir qué tenía la boca de él para atraerla tanto, para querer besarla una y otra vez, para querer perderse en ella.

Intentó concentrarse en lo que él acababa de decir, en lo que estaba pasando.

No podía seguir engañándose. No había forma de rechazarlo. Estaría con él hasta que regresara a Texas. Entonces, todo terminaría.

Y, en el caso de que se quedara embarazada, lo afrontaría con alegría. No le daba miedo ser madre soltera.

Si había hecho el amor con él, creyendo que era un ranger, había sido por aprovechar el momento, por no dejar pasar la oportunidad de sentirse mujer de nuevo. No había buscado nada más, y él tampoco le había prometido nada. Lo único que habían compartido era sexo, pasión, deseo. Nada más.

Y lo deseaba.

Deseaba meterse con él en la cama, sentirse deseada de nuevo, sentir que un hombre se moría por hacer el amor con ella.

—Patrina, voy a besarte.

Lo había dicho en voz baja, con calma, pero con firmeza, con la autoridad de un hombre seguro de sí mismo. Si hasta entonces había

tenido alguna duda del verdadero carácter de Cole, aquella frase lo había esclarecido por completo.

No iba a detenerse ante nada

—Y eso no es lo que único que voy a hacer—añadió inclinándose sobre ella— Podemos hacerlo aquí o ahí dentro, decide tú —sonrió Cole

No podía más. No podía con esa sonrisa. Se estaba consumiendo por dentro. La estaba volviendo loca. No se había acostado con un hombre en más de tres años. Necesitaba que Cole la poseyera otra vez. Le iba la vida en ello.

— ¿Patrina?

Alzando la mirada, Patrina lo miró fijamente, guardó silencio unos instantes y dejó que sus deseos hablaran por ella.

—Lo haremos dentro.

Capítulo Once

En cuanto cruzaron el umbral de la casa, Cole cerró la puerta tras de sí y se abalanzó sobre ella.

No podía esperar ni un segundo.

La tomó entre sus brazos y empezó a besarla con una desesperación que ninguna otra mujer había despertado nunca en él. Era como una necesidad instintiva, el impulso que llevaba a un hombre a poseer a una mujer que, por alguna razón, sabía que estaba hecha para él.

Sin embargo, mientras la besaba, Cole se asustó de sus propios pensamientos. El nunca había considerado a ninguna mujer de aquel modo. Nunca había querido pertenecer a nadie ni que nadie le perteneciera. Pero Patrina era diferente. No sabía a qué podía deberse, pero no se parecía a ninguna otra persona que hubiera conocido.

Por otro lado, no había que olvidar la posibilidad de que estuviera embarazada. Eso daría un vuelco a toda la situación. Algo en su interior parecía complacido con esa posibilidad, como si una parte de él quisiera que se hiciera realidad.

Pero, por el momento, no quería pensar más.

No servía de nada preocuparse antes de tiempo. Además, lo único que deseaba en aquellos momentos era volver a tocarla, llevar a la práctica todas y cada una de las fantasías sexuales que había tenido con ella desde que habían estado juntos por última vez.

El deseo de poseer su cuerpo había llegado a ser, durante aquellos últimos días, una obsesión, algo tan importante para poder seguir viviendo como la respiración.

Patrina dejó de besarlo un instante para recuperar la respiración y Cole aprovechó para mirarla. Tenía los ojos desorbitados, los labios enrojecidos y húmedos, la piel encendida y mechones de cabello sobre la cara.

Era demasiado.

Ninguna mujer tenía derecho a ser tan atractiva.

La deseaba.

La deseaba con todas sus fuerzas No podía pensar en otra cosa.

Patrina había hecho de él un hombre ciego de pasión, excitado hasta límites insospechados. Quería quitarse los pantalones. Tenía que

hacerlo cuanto antes, no podía soportar más la presión de su miembro contra los pantalones.

Pero, antes, quería verla desnuda.

—Ven aquí.

Patrina dio un paso hacia él.

—Más cerca

Patrina avanzó de nuevo y se encontraron pegados el uno al otro. Incapaz de esperar más. Cole bajó las manos hasta la cintura de ella, le desabrochó el botón y, casi con furia, como si estuviera tomando posesión de una tierra desconocida, le bajó de un tirón la falda.

—Quiero que te lo quites todo —le ordenó Cole siguiendo con el dedo la línea que dibujaban las bragas de Patrina entre sus piernas—. Quiero verte desnuda.

Patrina exhaló un gemido ahogado. El dedo de él la estaba quemando. Tenía que sofocar aquel calor. Tenía que sofocarlo como fuera.

Y sólo él podía hacerlo.

Dando unos pasos hacia atrás, Patrina empezó a quitarse poco a poco la ropa que todavía llevaba puesta Se desabrochó la blusa y con ella el sujetador, dejando al descubierto sus pezones erguidos. Cole estaba utilizando toda su fuerza de voluntad para no echarse sobre ella.

Cuando Patrina se quitó al fin las bragas, mostrando todo su cuerpo desnudo, Cole estuvo a punto de arrodillarse ante ella y adorarla.

—Ahora, desnúdate tú.

Cole estaba tan excitado, tan entregado a la belleza de Patrina, que obedeció en el acto. Se desabrochó la camisa y, quitándosela con urgencia, la tiró a un lado.

A continuación, se quitó los zapatos y los calcetines.

Entonces, llevándose la mano al bolsillo trasero de sus pantalones vaqueros, Cole sacó una caja de preservativos y, sosteniéndola en la boca, se desabrochó el cinturón, el botón de los pantalones y empezó a bajarlos lentamente sin dejar de mirarla.

Finalmente, satisfecho con el efecto que estaba provocando en Patrina, se quitó los calzoncillos y se quedó unos instantes frente a ella, desnudo.

Lo único que se escuchaba era la respiración de ambos remover el aire que los separaba.

Tomando de nuevo la caja de preservativos con la mano, Cole se acercó a ella y, besándola, la guió hasta el dormitorio.

Una vez que la tumbó sobre el colchón. Cole se irguió delante de ella y, sacando un preservativo, empezó a ponérselo. Pero la mirada de ella, que no perdía ni el más mínimo detalle del cuerpo de él, lo estaba excitando tanto que se estaba poniendo nervioso.

— ¿Quieres que te ayude? —murmuró Patrina con voz seductora.

—Gracias, doctora —contestó él sonriendo—. Pero prefiero hacerlo yo. Te deseo tanto que, si me tocaras en estos momentos… sería muy embarazo.

— ¡Oh! —replicó ella

Cole la miró. ¿Cómo era posible que aquella mujer no supiera lo increíblemente atractiva que era?

—Ya está —anunció Cole metiéndose en el cama.

Patrina se estremeció.

Estaba a punto de volver a entrar en un mundo muy diferente.

Patrina abrazó a Cole y lo atrajo hacia ella.

Ya no cabía la menor duda; aquella increíble
sensación era nueva para ella, algo que nunca había sentido con Perry en todo el tiempo que había estado con él. La forma en que Cole se había puesto el preservativo delante de ella la había vuelto loca de deseo.

Cole estaba encima de ella. Su tórax presionaba sus pechos, excitándola con su extraordinaria musculatura, mientras que sus brazos la rodeaban dándole seguridad, ofreciéndole un lugar donde permanecer a salvo, un lugar al que pertenecer.

—Relájate —susurró Patrina acariciándole la espalda.

—Eso es muy fácil de decir, preciosa. Como tú no estás a punto de...

—¿Que no?

Empujándolo suavemente a un lado, Patrina lo tumbó boca arriba y se puso encima de él. A Cole le gustaba tener el control en situaciones como ésa, pero estaba tan excitado que decidió dejarse llevar.

—Esta posición es diferente —murmuró Cole agarrando uno de sus

pechos con la mano y besandolo.

Patrina echó la cabeza hacia atrás para soportar la ola de placer que la estaba invadiendo. Definitivamente, aquel hombre sabía hacer muchas cosas con la boca. Pero ella también. Y quería demostrárselo.

Sin avisar, Patrina se apartó de él, se echó hacia atrás hasta llegar a los pies de la cama y lo miró. Pero no le estaba mirando a los ojos, sino a otra parte de su cuerpo. Cole se dio cuenta. Había un brillo misterioso en los ojos de Patrina

—No irás a hacer lo que creo que vas a hacer, ¿verdad?

—No sé lo que crees tú que voy a hacer—sonrió ella mientras recorría el cuerpo de él con las manos, deteniéndose en cada músculo, en cada línea.

—Estás intentando acabar conmigo, es eso, ¿verdad?

—No, quiero disfrutar de ti igual que tú has disfrutado de mí —replicó ella viendo cómo Cole se excitaba aún más al escuchar sus palabras, sorprendida al descubrir el poder sexual que tenía sobre él.

Tomó su miembro con las manos y empezó a masajearlo, a pasar las manos arriba y abajo mientras él respiraba cada vez más intensamente.

Pero quería más. Quería tocarlo a él, quería saborearlo a él, no al preservativo. Y estaba decidida
a hacerlo. Sin pensarlo dos veces, se lo quitó lentamente.

— ¿Sabes cuánto me ha costado ponérmelo? —preguntó Cole con voz ahogada, tomada por el placer que ella le estaba dando.

—Perfectamente. No te quité la mirada de encima ni un segundo mientras lo hacías —contestó inclinándose sobre él para introducir el sexo de Cole dentro de su boca.

A Cole le dio una sacudida eléctrica al sentir la lengua de ella. Instintivamente, intentó sujetarla, pero ella se había agarrado a su cintura. Estaba claro que sabía lo que quería y no iba a detenerse ante nada.

Patrina disfrutó de él con ansiedad, igual que él había hecho con ella miles de veces la noche que habían pasado juntos unas semanas atrás. Cada vez que lo tocaba con la lengua, notaba cómo el estómago de Cole se retraía, cómo sus pulmones intentaban reunir aire, cómo sus manos le acariciaban el pelo obligándola a seguir. Nunca había disfrutado haciendo aquello. Era toda una sorpresa.

Entonces, sintió cómo él empezaba a estremecerse y notó que intentaba apartar su sexo de ella.

Pero Patrina se mantuvo firme, no sólo para demostrarle que era ella quien tenía el control, sino porque estaba disfrutando como nunca antes en su vida.

Cole empezó a gritar su nombre y, sin poder aguantar mas, se deshizo dentro de la boca de ella. Entonces Patrina se incorporó y observó con satisfacción cómo Cole intentaba recuperar la respiración.

Sin esperar un solo segundo, se inclinó sobre la mesilla de noche, sacó una caja de preservativos distinta a la que había llevado él y, sacando otro,
empezó a ponérselo.

Cole la miró fijamente.

—Después de lo que pasó la última vez, decidí que tenía que estar preparada para lo que pudiera ocurrir. No estaba segura de si volverías o no.

—Sabías que lo haría —afirmó Cole.

—Recé para que no lo hicieras, pero, por otra parte... lo deseaba. Me hiciste sentir cosas que nunca antes había sentido. Me hiciste sentir mujer

— ¿No te gustó? ¿Te pareció mal?

—Por supuesto que no, pero… Antes de conocerte, nunca llegué a pensar que volvería a sentirme así.

Cole guardó silencio unos instantes.

— ¿Y ahora? —preguntó finalmente.

—Ahora, quiero que me hagas el amor durante toda la noche sin preocuparte por lo que pasará por la mañana.

Cole la tomó de la cintura y, ágilmente, la tumbó sobre la cama.

—Toda la noche —repitió ella mirándolo.

Cole deslizó su mano por el cuerpo de ella hasta llegar al vientre. Entonces, suavemente empezó a acariciarla entre las piernas, haciendo que ella cerrara los ojos para sentir mejor lo que le estaba haciendo.

—Patrina, abre los ojos y mírame.

Al hacerlo. Cole se tumbó sobre ella y, con decisión, la penetró.

Patrina sintió que la fuerza de Cole iba a romperla en mil pedazos. Instintivamente, lo rodeó con las piernas para recibirlo mejor.

Había dejado de nuevo la vida terrenal para adentrarse en un mundo nuevo.

Algunas horas después, el abrupto sonido del teléfono los despertó. Patrina se inclinó sobre la mesilla de noche antes de responder.

¿Quién podía llamar a las cuatro de la mañana?

— ¿Diga? —preguntó liberándose de los brazos de Cole para poder sentarse en el borde de la cama.

Cole vio a Patrina asentir en silencio durante unos breves instantes.

—Enseguida voy —dijo finalmente antes de colgar el aparato.

— ¿Un parto imprevisto? —preguntó Cole incorporándose.

—Sí —contestó Patrina dándose la vuelta para mirarlo— Pero no es un parto cualquiera.

— ¿Ah, no? ¿Y qué tiene de especial?

—Que quien va a nacer es tu futura sobrina —sonrió Patrina—. O sobrino, quién sabe.

Patrina observó la confusión de Cole.

—Se llama Verónica, tiene dieciocho años y es quien va a dar a su bebé en adopción a tu hermana Casey y a McKinnon. El parto no estaba previsto hasta dentro de un mes. ¿Puedes llamarlos mientras me visto y decirles que se encuentren conmigo en el hospital? Diles que voy para allá enseguida.

Cole no olvidaría nunca mientras viviera el rostro de felicidad de su hermana cuando al fin sostuvo al bebé en brazos. Su marido, McKinnon, estaba igual de emocionado. Era un momento para la posteridad.

— ¿Ya sabéis cómo vais a llamarlo? —preguntó Cole.

—Sí —contestó Casey—. McKinnon y yo hemos decidido llamarlo Corey Martin Quinn en honor de nuestros padres.

Cole asintió satisfecho. El nombre le iba como anillo al dedo. Según Patrina, había pesado casi cuatro kilos. Teniendo en cuenta que había nacido antes de tiempo, era casi un record.

—El bebe tendrá que quedarse aquí, en el hospital, al menos un día más —dijo Patrina entrando en la habitación—. Después, podréis llevároslo a casa.

— ¿Cómo está Verónica? —preguntó Casey.

—Está perfectamente, pero sigue firme en su decisión de no ver al bebé. Ni siquiera quiere saber si es niño o niña. Dice que lo único que quiere es regresar a Virginia, seguir estudiando y recuperar su vida.

Por lo que le había contado Patrina camino del hospital, Verónica Atkins había abandonado

el instituto para irse con un grupo de rock. Al quedarse embarazada, él se había desentendido de ella y Verónica, sola, se había puesto a trabajar como camarera. Había pasado meses viviendo en centros de acogida, sin ningún sitio donde ir. Finalmente, había tomado la decisión de dar a su hijo en adopción para que al menos tuviera una oportunidad. Tras entrar en contacto con Patrina, había conocido a Casey y a McKinnon. Se había quedado encantada con ellos. Al fin había encontrado una familia en la que su hijo disfrutaría de la estabilidad y el amor que a ella le habían faltado.

—Aunque, como sois los padres, podéis venir a visitarlo en cualquier momento —añadió Patrina.

—Gracias por todo, Trina —dijo McKinnon mirando embelesado a su mujer y su hijo.

—No tienes que darme las gracias —contestó ella—. Os merecéis este niño tanto como él se merece una familia.

Las miradas de Cole y Patrina se cruzaron un instante, pero fue suficiente. Los dos estaban pensando lo mismo. En el hijo que Patrina podía llevar dentro de ella.

Cole sintió un nudo en el estómago, una sensación nueva, algo que nunca había experimentado. Había intentado rechazarlo durante semanas, ocultarlo, no darle importancia, pero había llegado el momento de hacer frente a la realidad.

La amaba. Se había enamorado de ella.

Demonios. ¿Cómo había podido suceder? ¿Cuándo? Buscó en su interior, y enseguida halló la respuesta. Había sido aquella primera noche que había pasado entre sus brazos, haciendo el amor con ella. La forma en que le había entregado su cuerpo, la forma en que había confiado en él, lo había cambiado todo.

Había tenido que ser un extraño lunático quien, apuntándola con una pistola, desenterrara de golpe aquellos sentimientos que con tanto esfuerzo había intentado ocultar.

Cole miró a Patrina. Estaba exaltado. Quería ir hacia ella y decírselo, confesarle cómo se sentía, besarla como besa un hombre a la mujer que ama. Pero no podía hacerlo. Había demasiada gente. Además, Casey estaba empezando a sospechar algo. Le había hecho

cientos de preguntas acerca del suceso en la clínica. Y aunque él se había negado a responderlas, estaba seguro de que no se daría por vencida.

Respirando profundamente, Cole se acercó a Patrina y; olvidándose de los demás, le acarició casi imperceptiblemente la mejilla con las yemas de los dedos.

— ¿Nos vamos, doctora? —le preguntó Cole.

—Enseguida —respondió ella con una sonrisa—. En cuanto rellene algunos papeles.

Cole asintió y la observó salir de la habitación.

— ¿Qué está pasando, Cole? ¿Qué hay entre Patrina y tú?

Cole se encontró con la mirada de su hermana fija en él. Parecía disgustada, a punto de echarle una bronca, y lo entendía. Conocía de sobra todas las aventuras que había tenido en su vida, la forma en que había afrontado sus relaciones con las mujeres. Pero, en aquella ocasión, era diferente. Debía decírselo.

—La amo. Quiero casarme con ella.

Casey se puso pálida Era evidente que ni siquiera había pensado en esa posibilidad.

— ¿Cómo es posible? Os conocisteis el año pasado y desde entonces no os habéis visto.

—Sí nos hemos visto

Casey lo miró como diciéndole que antes o después le exigiría que le contara toda la historia, de principio a fin.

— ¿Le has dicho a ella todo esto? —preguntó Casey en voz baja.

—Todavía no —reconoció Cole acercándose a su hermana y dándole un beso en la frente— Pero lo haré. Y muy pronto.

Capítulo Doce

En cuanto entraron por la puerta de la casa de Patrina, Cole decidió hablar con ella. Necesitaba decirle cómo se sentía. Incluso más que hacer el amor con ella.

— ¿Patrina?

— ¿Sí? —preguntó ella dejando su bolsa encima de la mesa del recibidor.

—Tenemos que hablar.

Patrina suspiró. Sabía perfectamente de qué quería hablar Cole. Estar en el hospital, con su hermana y el bebé, le debían de haber puesto nervioso. Querría preguntarle de nuevo si estaba embarazada, qué iban a hacer, qué le iba a exigir ella...

—No tienes que preocuparte por nada, Cole. Si me quedo embarazada, no te pediré nada ni te echaré la culpa. Soy mayorcita, sabía lo que estaba haciendo en todo momento. Actué porque quería estar contigo y no me arrepiento.

Cole se acercó a ella y la tomó de la cintura.

—En ese caso, tal vez te interese saber que a mí me pasó lo mismo. Supe en todo momento lo que estaba haciendo y actué como lo hice porque quería estar contigo.

— ¿Qué quieres decir? —preguntó Patrina confundida.

—Lo que quiero decir es que, aunque ninguno de los dos había planeado esto, si estás embarazada, seré un hombre muy feliz. Querré a ese niño... y querré estar contigo.

Patrina lo miró. ¿Estaba diciendo lo que ella creía que estaba diciendo? ¿No eran imaginaciones suyas?

—Lo que intento decir, Patrina, es que no sólo te deseo. Te quiero.

—Pero...

—Pero nada. Jamás le había dicho algo así a una mujer y no quiero decírselo a nadie más. Sólo deseo decírtelo a ti. Si no lo has oído bien, te lo puedo repetir todas las veces que quieras. No me cansaré hasta que te lo creas. Te quiero, Patrina. Te amo. Me da igual si estás embarazada o no. Quiero casarme contigo. Quiero casarme contigo cuanto antes y vivir aquí contigo.

—Pero... ¿qué pasa con Texas? Nunca dijiste que quisieras vivir aquí.

—Cariño, viviré donde tú estés. Ya no soy un agente de la ley, ya no soy ranger. Pero lo que todavía no te he dicho es que mi tío nos dejó a mis hermanos y a mí su rancho y todas las tierras de alrededor. Casey y yo le hemos vendido nuestra parte a Clint. Él va a hacer una reserva natural para proteger la fauna de la región. Yo, por mi parte, he utilizado el dinero de la venta para hacer algunas inversiones que

han resultado ser muy lucrativas.

Patrina asintió, y Cole supo que lo había entendido todo perfectamente. Estaba enamorada de un hombre inmensamente rico.

—Quade, el hermano de Savannah, Rico y yo, estamos empezando a darle forma a una empresa de seguridad. Además, Quade y yo estamos en contacto con Serena Preston. Queremos comprarle sus helicópteros para montar un servicio de transportes.

— ¿Y qué hará Serena?

—No tengo ni idea. Supongo que se mudará. ¿Por qué?

—Por nada, sólo era curiosidad. Tuvo una relación con mi hermano durante un año más o menos, hasta que descubrió que era un mujeriego.

—Patrina, ahora que sabes todo, ¿te casarás conmigo? Dame una oportunidad. Te prometo que haré cuanto sea necesario para que te enamores de mí.

—No pierdas el tiempo, Cole.

—Pero...

—Sería inútil, porque ya estoy enamorada de ti. Me di cuenta aquella noche en que llegué a casa exhausta y tú estabas esperándome. Te quiero. Cole.

— ¿Y te casarás conmigo? —preguntó él expectante.

— ¡Claro!

— ¿Cuánto antes?

— ¿De cuándo estamos hablando?

—La semana que viene va a venir toda la familia para celebrar el cumpleaños de mi padre. Me gustaría presentarte a todos como mi esposa.

— ¿Estás seguro? ¿No quieres esperar a saber si estoy embarazada o no?

—Cariño, como te he dicho antes, eso es algo que no me importa. Además, si no lo estás, ya me encargaré yo de que lo estés —bromeó Cole.

— ¿De verdad quieres un niño?

—Claro que quiero un niño. No me di cuenta de lo mucho que lo deseaba hasta que vi a mi hermana y a McKinnon. Quiero tener un hijo tuyo.

Patrina bajó la mirada y se echó a llorar. La vida le estaba regalando algo que muy pocas personas llegaban nunca a tener: una segunda oportunidad para ser feliz. Los cinco años que había compartido con Perry habían sido maravillosos, siempre los recordaría. Pero estaba enamorada de Cole. Quería estar con él. Ser una buena esposa. Amarlo. Volver a ser feliz.

Cuando alzó la cabeza de nuevo, se encontró con los labios de Cole. Por primera vez, le correspondió sin que ningún pensamiento

enturbiara el momento. Aquello era lo que quería. Aquél era su lugar. El lugar en el que quería pasar el resto de su vida. Entre sus brazos.

Una semana después

— ¡Cielos! —exclamó Casey cuando Patrina le enseñó su anillo de diamantes—. Mi hermano no es tan tacaño como yo pensaba. ¡Es extraordinario!

Patrina también lo pensaba. Llevaban cuatro días casados, pero habían decidido esperar un poco para disfrutar de la luna de miel.

La boda había sido una ceremonia sencilla, oficiada por el padre de McKinnon, el juez Martin Quinn. A continuación, Cole y ella, junto a Clint y Alyssa, habían asistido al bautizo del hijo de Casey y McKinnon, Corey Martin.

—Será un chico con suerte —había dicho Clint, que poco antes había anunciado a todos que Alyssa estaba embarazada.

Cole había tomado la mano de Patrina en señal de complicidad.

También ellos estaban ya seguros de que tendrían un bebé para finales de año, pero habían decidido no contarlo todavía.

—Siempre supe que mi primo tenía buen gusto con las mujeres —dijo Delaney Westmoreland Yasir.

—Gracias —contestó Patrina

Toda la familia Westmoreland se había reunido en torno a Corey para celebrar sus cincuenta y siete cumpleaños. Patrina miró a su alrededor. Casey y Abby habían hecho un excelente trabajo organizándolo todo. Corey estaba sentado en una mecedora con un nieto en cada brazo, Rock, el bebé de tres meses hijo de Stone y de Madison, y al que todos llamaban Rocky, y el recién nacido, Corey Martin.

Patrina observó entonces a Alyssa, que estaba hablando con su marido, Clint. Había engordado demasiado para estar sólo de tres meses. ¿Iría a tener gemelos? Inconscientemente, se llevó la mano al vientre. ¿Y si ella tenía gemelos? La familia Westmoreland parecía tener tendencia a ello, como la mujer de Stone, Jayla.

— ¿Os puedo robar a mi mujer un momento? —preguntó Cole dirigiéndose al grupo donde estaba Patrina.

Sin esperar una respuesta, Cole la guió fuera de la casa. Corría una suave brisa. Patrina lo abrazó y Cole la besó apasionadamente.

—Mmm... No es que me parezca mal, pero... ¿A qué ha venido eso? —preguntó ella.

—No ha venido a nada —contestó él sonriendo—. Simplemente, quería besarte.

Cole volvió a besarla y le dijo:

—Spencer y Donnay están a punto de anunciarlo. Ian y Brooke

también.

— ¿Qué van a anunciar? ¿Más bebés?

—Sí.

— ¿Es que vosotros, los Westmoreland, sólo pensáis en reproduciros para dominar la tierra? —bromeó Patrina.

—Es un buen plan —sonrió Cole—. ¿Cómo estáis hoy Emilie y tú? —añadió acariciándole suavemente el vientre.

—Emery y yo estamos bien —contestó Patrina haciendo hincapié en el nombre.

—Como tú quieras—replicó él divertido—. No vamos a discutir por esto.

Habían decidido esperar al nacimiento para saber si el bebé que llevaba Patrina dentro de ella era niño o niña. Cole estaba convencido de que sería niña, y ya había mostrado su preferencia por llamarla Emilie, por su abuela materna. Patrina, en cambio, creía que sería niño, y había propuesto el nombre de Emery.

—Pues no lo hagamos —dijo ella besándolo suavemente.

Y entonces, mientras Cole la abrazaba, tuvo el presentimiento de que estaba embarazada de mellizos. Al fin y al cabo, se había quedado embarazada bajo el influjo de la luna de abril, esa luna que invitaba a los amantes a liberar sus deseos.

Además, aquellas últimas semanas le habían demostrado que todo era posible estando casada con Cole Westmoreland.

Epílogo

Noviembre

Durante los cinco meses siguientes, la familia Westmoreland se reunió en otras dos ocasiones.

La primera, para estar presentes en la ceremonia de entrega de los premios Eve, que aquel año habían decidido premiar la labor de Patrina Foreman en aras de la comunidad.

La segunda, para celebrar el día de Acción de Gracias en la montaña de Corey. Y es que aquel año tenían mucho que agradecer. La familia Westmoreland ya sabía que tanto Brooke como Patrina estaban esperando mellizos, aunque el sexo de los pequeños era todavía una incógnita.

En las últimas semanas. Cole le había estado tomando el pelo a Patrina diciéndole que los dos bebés serían niñas y que habría que llamarlas Emilie y Evelyn. Ella, en cambio, no dejaba de afirmar, por el jaleo que percibía dentro de su vientre, que iban a ser niños y que quería ponerles Emery y Ervin. Ya sólo quedaban dos meses para saber quién tenía razón.

Mientras la mayoría aprovechaba un receso para salir a tomar el aire. Cole observó que su primo Quade se quedaba dentro.

Parecía fatigado.

¿Le habría afectado retirarse de su trabajo como agente secreto?

Era algo muy habitual entre las personas acostumbradas a tener una vida muy intensa, ocupada y estresante.

— ¿Qué es esto? —preguntó Quade.

— ¿Qué es qué? —preguntó a su vez Cole acercándose a él.

—Esto —contestó su primo señalando una revista a la que se había suscrito Patrina hacía poco tiempo.

—Es de Patrina. Para mujeres embarazadas.

Cole miró a su primo y a la revista varias veces sin comprender.

—Es ella —dijo Quade señalando la portada con la voz temblorosa, desencajada y el rostro pálido, igual que un fantasma.

Cole miró la revista. Una modelo bellísima ocupaba la portada. Estaba embarazada, tan embarazada que daba la impresión de estar a punto de dar a luz.

—Así que... ¿la conoces?

—Claro que la conozco —contestó Quade sin apartar la mirada de la revista—. La conocí a principios de año en Egipto.

— ¿Ésta es la mujer de la que me hablaste? —preguntó Cole sorprendido—. ¿La que conociste en la playa?

—La misma.

— ¡Está embarazada!

— ¿No me digas?

—No sé a ti, pero a mí me da la impresión de que va a tener trillizos —dijo Cole—. O, por lo menos, mellizos. Además, parece estar a punto de dar a luz.

— ¿De qué mes es esta revista? —preguntó Quade mirando por todas partes—. ¡Ah! Es del mes pasado. Eso significa que probablemente ya haya dado a luz o esté a punto.

—Tienes razón —dijo Cole—. Quade, mírame, ¿estás pensando que fuiste tú quien la dejó embarazada?

—No estoy seguro, Cole, pero teniendo en cuenta las fechas, es posible, es muy posible —contestó Quade.

— ¿Y qué vas a hacer?

—En primer lugar, tengo que encontrarla —dijo Quade dejando la revista sobre la mesa—. Cuando lo haga, si el hijo es mío, entonces le pediré que se case conmigo.

— ¿Y si ella no quiere?

—Entonces la convenceré. Pero descuida, nos casaremos.

Quade le dio un abrazo a su primo y se dirigió a su dormitorio para hacer la maleta. Entonces, Cole tomó de nuevo la revista y miró la contraportada.

—No sé cómo te llamas, cariño, pero espero que estés preparada. Quade Westmoreland va en tu busca. Y no se dará por vencido.